*PQ
6525
C27

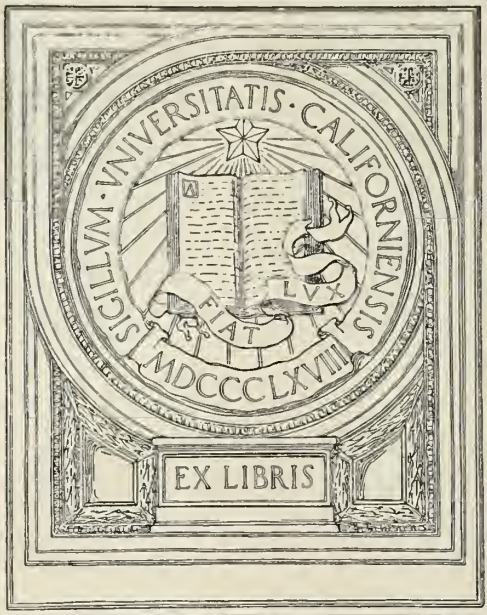
D
0005720362
UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY

Biografia de Gertrudis Gomez
de Avellaneda

por
Aurelia Castillo de
Gonzalez

ifornia
onal
lity

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
AT LOS ANGELES



EX LIBRIS

BIOGRAFIA

DE

Gertrudis Gomez de Avellaneda

Y JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

POR

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.

OBRA PREMIADA CON ACCESIT

POR LA "COLLA DE SANT MUS" EN LOS JUEGOS FLORALES DE 1886.

HABANA.

IMPRENTA DE SOLER, ALVAREZ Y COMPAÑIA
calle de Ricla núm. 40.
1887

BIOGRAFIA

DE

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

Y JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS.

BIOGRAFIA

DE

Gertrudis Gomez de Avellaneda

Y JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

POR

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.

OBRA PREMIADA CON ACCESIT

POR LA "COLLA DE SANT MUS" EN LOS JUEGOS FLORALES DE 1886.

HABANA.

IMPRENTA DE SOLER, ALVAREZ Y COMPAÑIA
calle de Ricla núm. 40.
1887

Al Sr. Sanguily
su amiga
Aurelia Castillo
de González

Habana 1887

UNIV. OF CALIFORNIA
LOS ANGELES LIBRARY

*PQ
6525
C27

LIBRARY SETS W 9-15-36
APR 4 1936

BIOGRAFIA

DE GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

y juicio crítico de sus obras (1).

En una tarde del mes de Abril de 1836, zarpaba del puerto de Nuevitas con rumbo al de Santiago de Cuba para seguir á España, un buque velero llevando á su bordo á la Srta. Gertrúdis Gomez de Avellaneda. Habíase dado á conocer esta jóven en Puerto Príncipe, ciudad de su nacimiento, por algunas representaciones dramáticas de aficionados en que tomara parte con éxito extraordinario, y por diversas poesías inéditas, ó publicadas acaso en el único periódico que tenía entonces aquella localidad.

Tal penuria de papeles públicos, manifiesta bien claramente cuán débil era todavía en el antiguo Camagüey el movimiento literario, iniciado por fin en Cuba tras el profundo letargo intelectual, que tanto se prolonga en paises conquistados. Sangrientas querellas de los invasores ocuparon todo el siglo XVI, y aunque Cuba no fuese teatro de

(1) La sociedad *Colla de Sant Mus*, propietaria por un año de este trabajo, que obtuvo accésit en los Juegos Florales celebrados por ella en 15 de Noviembre de 1886, ha facultado á la autora para publicarlo ántes de la terminacion de ese plazo.

246745

sus tumultuosas peripecias, inquietábanle no poco las piraterías francesas. y algo le llegaba de la incesante agitacion en que hervía el continente, desde los límites setentrionales del Anahuac hasta aquellos apartados al extremo sur, donde formaron muralla con sus pechos los intrépidos araucanos, raza de héroes, jamás consentida en la sumision, y cuyo nombre no se pronuncia sin que acuda á la mente el de su noble cantor Ercilla.

Tras el período de destruccion y apropiamiento, había venido el de construccion, no ménos trabajoso, si más tranquilo, y los hombres que acudieron, arrostrando mil peligros desconocidos, á realizar titánicas empresas, sentían ante todo la necesidad de engrandecimiento material, y no se cuidaban para nada de bellas letras. Gracias si dejaron largas y minuciosas crónicas, que serán siempre inapreciable archivo donde hayan de informarse cuantos quieran escribir historias de América.

En el siglo XVIII, constituidas ya las familias, bien deslindadas las propiedades, prósperas las industrias rurales, y establecido con regularidad el comercio; gozábase de general desahogo, y pudo concederse á la juventud ocios artísticos, estudios universitarios y hasta viages de instruccion y recreo.

Al comenzar la presente centuria algunos poetas apreciables habían dejado oir gratos preludios de la lira cubana, la mayor parte de ellos nacidos en la Habana, y el resto procedentes de tres ó cuatro ciudades más de la Isla. Puerto Príncipe había quedado rezagado, como si tardase más para producir mejor. Su parnaso estaba reducido á varios vates populares, repentistas humorísticos que hacían las delicias de aquella sociedad, sobresalendo entre ellos el buen P. Montes de Oca, oriundo segun creo de Santiago de Cuba, cuyas agudísimas y más que picantes improvisaciones, no impresas jamás, corrían de boca en boca y se conservan aún en la memoria de algunos viejos camagüeyanos y en olvidadas copias que guardan los mismos. Dotado Montes de Oca de viva imaginacion y franco carácter, introducía en aquellas inofensivas malignidades las palabras y cosas que su ministerio le traia con más frecuencia á la mente y á los lábios, y nadie se escandalizaba, porque todos comprendían que si su talento le apartaba de gazmoñas

preocupaciones, dejábale toda la honradez y bondad de un excelente sujeto.

El último representante de aquella gloriosa estirpe de felices improvisadores ha sido Antenor Lescano, en quien ya se reunía, al ingenio chispeante y ligero de sus predecesores, la seriedad del poeta reflexivo. Conocido su talento por algunas composiciones que publicó muy jóven aún, se le envió á Francia á estudiar agricultura. Esto parecerá extraño; pero fué el medio que se presentó para ayudarle á abrirse paso, porque era muy limitada su fortuna. Aprendió agricultura; pero siempre fué poeta, y despues de haber tomado parte en la insurreccion del 68, donde en medio de mil malandanzas, no le abandonó su juguetona musa, concluyó su vida en Méjico, dejando escrita segun noticias que he oido al vuelo, una historia de aquel país, muy apreciada en el mismo.

Gertrúdis vino al mundo el 23 de Marzo de 1814, cual si los primeros tonos que ensayaba la poesía en su patria, la llamasen á la vida. Poco más de diez años antes había nacido José María Heredia, y puede decirse que en aquel venturoso período y al brotar aquellas dos existencias, le habían nacido alas á la poesía cubana, alas poderosas con las que prontamente se levantó á grande altura, dejando oir cantos magníficos, como *Niágara* y *La Cruz*, que resonaron vibrantes y apasionados en uno y otro hemisferio. Y cuando una de las dos peregrinas voces se extinguió en el vacío de la muerte, demasiado pronto ¡ay! para que hubiese exhalado todas las armonías que se esperaban de tan sonoro raudal, gimió la otra con tan solemne tristeza, que pareció que en aquella inmortal elegía lloraban todos los corazones cubanos al entusiasta cantor de la naturaleza nativa, al hijo amantísimo de Cuba, que fué el primero en dejar de plañir los pátrios dolores, para alzar la voz grave y tremenda del acusador.

Inadvertidas casi pasaron las primeras poesías de Gertrúdis, porque ella misma las condenaba sin misericordia á la destruccion, disgustada sin duda del fruto de sus desvelos al compararlas con las obras de Quintana, de Corneille y de Racine, que leía con avidez y recitaba de memoria desde sus más tiernos años. Pero al arrancarse por primera vez de las playas natales, conmovióse tan hondamente aquel corazon

vehementísimo, que los versos trazados por su mano en tan solemne instante, revelaron al mundo y quizás á ella misma todo el fuego del númen que la inflamaba. El soneto *Al Partir* ha sido calificado por D. Juan Nicasio Gallego, y su opinion se ha repetido cien veces, «uno de los mejores del parnaso español,» no obstante, contarlos acabados y bellísimos ese rico parnaso entre el inmenso número que posée. Hay tanta propiedad en cada una de las palabras empleadas en esa composicion, tanta limpidez de estilo, tanto gusto en la frase, que es fuerza reconocer no debió en absoluto la Avellaneda esas brillantes cualidades—como á veces se ha dado á entender—á los concienzudos preceptos del ilustre literato que acabo de nombrar; y es tanto el amor pátrio derramado, digámoslo así, en esos catorce versos, que bastan ellos tambien para desmentir más graves acusaciones lanzadas sin piedad contra la insigne poetisa.

Tula—como la han llamado cuantos la conocieron—partió profundamente afectada. Su despedida es un grito del alma. Y sin embargo, la ausencia que desgarraba su pecho en el momento de realizarla, había sido el afan incesante de aquel espíritu, ambicioso de gloria, que anhelaba espaciarse en dilatados horizontes. Otro sentimiento nobilísimo la impulsaba en el mismo sentido. Murió su padre, Don Manuel Gomez de Avellaneda, cuando ella contaba seis años, y había dejado en la mente de la pobre huérfana todo un panorama de las bellas y alegres ciudades andaluzas, que el se complacía en traer incesantemente á la memoria, pintándolas á sus pequeñuelos aún más hermoseadas por el brillante colorido con que aparece la tierra natal á la imaginacion de quien vive léjos de ella, y hablando á sus tiernos corazones con ese santo apasionamiento del que, habitando en clima diverso del que ha formado su modo de ser, suspira, si nació en tierras boreales, por sus largas noches de invierno, pasadas con la familia en torno de la llama, cuyo calor alcanza apenas á vigorizar los ateridos miembros; si vió la luz primera en la zona ardiente, por los deslumbrantes resplandores de su tórrido sol, que enervan el cerebro y destruyen prematuramente la vista. Aquellas descripciones entusiastas constituian el único recuerdo en que se refugiaba el corazon de Tula para dar culto á la memoria de su padre, perdido cuando ella comen-

zara á vivir; y Andalucía vino á ser para la triste jóven el santuario paterno, que era preciso visitar alguna vez.

Mas ¿cómo lograrlo? Su madre, nacida en el Camagüey y perteneciente á una antigua familia del país, no parecía dispuesta á abandonar deudos y patria, para exponerse con sus hijos á los peracances que suelen presentarse en tierra extraña á las personas desprovistas de grande fortuna, y la de doña Francisca Arteaga consistía principalmente en la viudedad que le dejara Avellaneda, como Capitan de Navío que era al morir.

Tula pareció resignarse á aquella contrariedad, entregándose por completo á sus libros y á la tarea de escribir y de romper lo que escribía. Otra distraccion se ofreció á su espíritu. Por dos veces creyóse enamorada. Había tomado, uno en pos de otro, dos ídolos; revistiólos con todas las galas de su rica fantasía y se consagró á adorarlos. Pero ellos no pudieron conservar los prestados atavíos, y la romántica heroina de aquellas novelas, vió, mientras estática les concontemplaba, que se les iban desprendiendo uno á uno, hasta quedar en su verdadero aspecto de vulgarísimos mortales, incapaces de comprender siquiera los arranques de aquel corazon ardoroso, ni mucho ménos los vuelos de aquel pensamiento altivo, y hubo de confesarles con noble franqueza que se habia engañado en el sentimiento que de buena fé les mintiera.

Inesperada circunstancia vino entretanto á alentar con halagüeñas esperanzas su nunca adormecido anhelo de visitar á España. Celebró su madre segundo matrimonio con el Coronel Escalada, hijo tambien de aquel suelo, y se pensó en efectuar el viage que á la joven desvelaba. Pero la camagüeyana antigua resistía, y plegábase el esposo á sus deseos. Tula mostraba ya esa fuerte voluntad que se impone á todos, y tanto importunó á sus padres, atreviéndose hasta á censurar la debilidad conyugal, mostrada en aquel caso por el marido, con mengua de su sexo; tantos argumentos adujo, que al fin cedieron aquellos y la familia entera abandonó las playas de Cuba en Abril del 36, como he dicho ya.

Pasaron dos meses en Burdeos y fueron á residir á la Coruña. Mas esto no realizaba el sueño de la jóven poetisa, que, afligida por la nos-

talgia en aquella ciudad de Galicia, bonita sí, pero demasiado tranquila y escasa de movimiento literario; sentíase encerrada en más estrecho circuito que el de su amado Camagüey, donde temiera asfixiarse. La inconformidad que manifestaba, debió originar disgustos en la familia. Acaso hubo para ellos otros motivos, que ignoro; pero es lo cierto que, llegado el año de 38, ella y su hermano Manuel, hijo tambien del primer matrimonio, determinaron trasladarse á Andalucía, y así lo hicieron, visitando de paso á Lisboa.

La ciudad elegida para punto de residencia fué Sevilla, cuya vista solamente regocija el alma, por sus grandes plazas inundadas de luz; por sus frescos patios, donde se divisa á través de trasparente cancela, el plátano tropical, artísticamente recortado y enmacetado, y alguna rumorosa fuente; por sus extensos palacios, embellecidos con imitaciones del gusto árabe, hechas con tanta perfeccion, que nada tienen que envidiar á los primorosos muros de la Alhambra; por la agradable limpieza que brilla en toda ella, y hasta por la famosa torre (pues que hay algo de religioso encanto en llegar por primera vez á presencia de aquello que desde la infancia hemos oido nombrar como grande y como bello), por la torre, esbelta como ninguna, construida allí por los árabes, y conservada á los cristianos gracias á terrible amenaza del príncipe conocido más tarde con el nombre de Alfonso el *Sabio*, quien juró pasar á cuchillo la ciudad, si al rendirla sus habitantes moros, habían arrancado un solo ladrillo de la Giralda, que pensaron demoler. Desde los pisos más altos de este soberbio monumento se descubre sin que elevacion ninguna intercepte la mirada, todo el ámbito de la hermosa ciudad y casi toda la provincia, cuyos últimos pueblos aparecen en lontananza, presentándose en primer término el Guadalquivir, de profundas aguas, sobrecargado de buques mercantes con ancha y ~~profunda~~ alameda, formada en una de sus márgenes por los espesos naranjales que sombrean y perfuman los cultivados verjeles del palacio San Telmo, y la misma alameda.

La joven criolla debió sentir dilataciones de vida al aspirar las balsámicas auras de aquella ciudad, artística por excelencia entre todas las de España, y que parece llena del espíritu de Murillo, como lo está de sus portentosos lienzos. Pero aún tenía Sevilla otro atracti-

vo más poderoso para su alma: la proximidad de la villa Constantina, donde habia nacido su padre, donde residía la familia Avellaneda, y allá fueron los dos hermanos en santa peregrinacion de amor filial, y allá encontraron el archivo de familia, conservado despues por Manuel, y de donde exhumó Gertrúdis, para darles vida inmortal en sus creaciones, las dos figuras más vigorosas que haya trazado su pluma: las tremendas figuras de Munio Alfonso y doña Beatriz de Avellaneda.

Satisfecha aquella necesidad del alma, que les llevó á visitar los sitios consagrados por los recuerdos de un padre venerado, sintióse Tula poderosamente atraida por la corte madrileña, donde brillaban talentos de primer órden en el campo de las letras, agitadísimo á la sazon por el entusiasmo de nuevos ideales artísticos. Y como era firme en todas sus decisiones, como nada arredraba su ánimo esforzado; trasladóse á Madrid á fines del año 1840, y presentóse á Gallego con recomendacion de Lista, que, demasiado perspicaz, y docto cual ninguno, había comprendido al ver sus primeras producciones, todo lo que encerraba aquella juvenil cabeza de mujer. Pasando de unos á otros tan eficaz recomendacion, pronto estuvo relacionada Tula con los más distinguidos literatos residentes en la capital, y sintiendo, al influjo de tantas inteligencias ilustradas, poderoso estímulo por el saber—pues para amar la poesía, que sentía vivir en su seno con inextinguible aliento, no necesitaba ninguno—,dedicóse con el ardor febril que le era peculiar, á sérios estudios, especialmente, como dejan conocer sus obras, á los históricos, y de idiomas, sin excluir el latin, vedado como quien dice, por el ridículo á las mujeres de su época.

Tan graves estudios, las sabias advertencias de Gallego, á quien oyó siempre con el mayor respeto, y el exquisito gusto innato en ella, la preservaron de las extravagancias en que solían caer los jóvenes poetas del romanticismo. Y, no obstante, era Tula romántica por temperamento; éralo tambien por la educacion que ella misma se había dado en Cuba con sus perennes y exclusivas lecturas de obras de imaginacion, contra las que no valían nada las amonestaciones de la prudente madre, quien no podía ver con buenos ojos que su hija pasase los dias y las noches delirando con héroes de novelas y de trágicos dramas, y que la ganase el contagio inevitable de inmotivadas melan-

colías, de prematuro cansancio de la vida, y otros extravíos por el estilo; modo de ser que nunca perdió por completo; aunque debemos decir que en años posteriores estuvieron justificadas las inmensas amarguras de su espíritu por desgracias harto grandes y reales. Pero si aquella nerviosa exaltacion servía para dar fuerza y vida á las páginas de la escritora, no pudo alterar jamás la serena razon que las dictaba.

Durante las varias excursiones que realizó hasta llegar á Madrid, no había cesado Tula de requerir su melodiosa lira. Ni hubiera sido posible que dejara de cantar quien decía:

Canto como canta el ave,
Como las ramas se agitan,
Como las fuentes murmuran,
Como las auras suspiran.
Canto porque al cielo plugo
Darme el estro que me anima;
Como dió brillo á los astros,
Como dió al orbe armonías.
Canto porque hay en mi pecho
Secretas cuerdas que vibran
A cada afecto del alma,
A cada azar de la vida.
Canto porque hay luz y sombras,
Porque hay pesar y alegría,
Porque hay temor y esperanza,
Porque hay amor y hay perfidia.
Canto porque existo y siento,
Porque lo grande me admira,
Porque lo bello me encanta,
Porque lo malo me irrita.
Canto porque ve mi mente
Concordancias infinitas,
Y placeres misteriosos,
Y verdades escondidas.

Canto porque hay en los seres
Sus condiciones precisas: -
Corre el agua, vuela el ave,
Silba el viento, y el sol brilla.
Canto sin saber yo propia
Lo que el canto significa,
Y si al mundo, que lo escucha,
Asombro ó lástima inspira.
El ruiseñor no ambiciona
Que lo aplaudan cuando trina....
Latidos son de su seno
Sus nocturnas melodías.

. . . . . .

Que yo al cantar solo cumplo
La condicion de mi vida.

A fines de 1841 coleccionó aquellos cantos, primeras flores de su alma, las más espontáneas, las más frescas, las más perfumadas por los efluvios de un corazon jóven, que daba en ellas las primicias de su entusiasmo, de su amor, de sus esperanzas de gloria, de sus místicos arrobamientos, de sus alegrías y de sus pesares.

Los versos de Tula fueron leidos en Madrid. Ya esto era mucho; pero hubo más: fueron leidos con admiracion, fueron elogiados por los más grandes poetas, que la reconocieron su igual, y desde entónces hasta que terminó su carrera literaria, se hicieron un deber y un honor cuantos de letras se ocupaban en España de emitir la opinion que les merecían los escritos de la ilustre americana.

No siempre le fueron favorables estos juicios. Cuando esa laxitud que se apodera á veces del talento, adormeció un tanto las facultades de Tula, permitiendo treguas al entusiasmo; la crítica severa y tambien la malévola envidia, aprovecharon el momento para dejar oir, la una su voz grave y comedida, la otra sus insolentes murmuraciones; pero es muy cierto que los votos más autorizados le fueron siempre propicios.

Antes de pasar al exámen de las composiciones que figuraron en

aquella corta coleccion, no como aparecieron entónces, sino tal como están, refundidas ó corregidas, en la edicion completa hecha por la autora, quiero advertir que en todo lo que digo respecto á la Avellaneda, expongo mis particulares impresiones, sin incurrir en el error de creer que mi juicio pueda ponerse en balanza con el de los respetables críticos que, al ocuparse de ella, han hecho sentir en la opinion pública todo el peso de su autoridad. No se achaque esto á irrespetuosa y necia presuncion; atribúyase únicamente al deseo de expresar lo que siento, sin adherirme á ciegas al ajeno parecer ni separarme de él por afan de originalidad. Siempre que mi apreciacion coincida con la mejor garantida por ilustres nombres, quedará mi ánimo más tranquilo y satisfecho.

Pueden agruparse por la grandeza de pensamiento, que relampaguea á cada instante, por la sonoridad de la versificacion, por la magnificencia, en fin, del conjunto, las composiciones tituladas: *El Poeta* (traducida de Víctor Hugo), *A la muerte de Heredia*, *El Génio Poético*, *A Francia*, *A la Poesía*, *Polonia* (tambien de Víctor Hugo) y, descollando sobre ellas, la imitacion de Lamartine, *A la tumba de Napoleon*.

Algun verso de mal gusto encuentro en *El Génio Poético;* pero es muy fugaz la impresion que produce, porque la borran al instante las innumerables bellezas que le circundan. Adviértese en las octavas cuarta, quinta y sexta, sobresalientes por la hermosura y el entusiasmo, tal semejanza con algunas, y, por cierto de las más bellas, de Núñez de Arce en su poema *La Ultima Lamentacion de Lord Byron*, que cualquiera diría han sido imitadas; pero el poeta no lo declara y debemos respetar su silencio, considerando infundada y, por tanto, ligera la suposicion.

Las imitaciones de obras extranjeras y las traducciones que hizo la Avellaneda entonces y despues, admiran acaso más que sus producciones originales; no porque cedan éstas en alteza de pensamientos á las vertidas de otros poetas, sino porque demuestran el don rarísimo de conservar todo el calor de la vida á ideas nacidas y desarrolladas en muy distintos medios. Como prueba de las grandes dificultades que ha debido vencer para lograr tal resultado, puede verse,

además de *El Poeta* y *A la tumba de Napoleon*, *El canto de Altabiscar*, version acreedora á las mismas calificaciones que de la original hizo la traductora en la siguiente nota:

«Este canto anónimo sobre el paso de Roncesvalles, que presenta todo el carácter de ser contemporáneo al hecho que refiere, prueba que el país vasco tuvo tambien su Ossian. La traductora ha procurado conservarle su agreste y dramática belleza á tan notable poesía, que recuerda la escandinava, y en su concepto nada tiene que envidiar á los mejores cantos de los scaldas.»

Bellísimos, empapados en amargura, pero en esa amargura dulcificada en muchos corazones por la fé, vibran cadenciosos los alejandrinos *Al mar* y, con más honda y suave tristeza, la plegaria *A la Vírgen*, tan bella, tan sencillamente natural, que el alma se siente penetrada de simpatía por la jóven sin ventura que, llevando en sus sienes la aureola del génio, recuerda que *su infancia no tuvo risas*, contempla *su juventud sin amores* y prevée con raro acierto que *su vejez no tendrá apoyo*.

Varios sonetos esmaltan á trechos las páginas que examinamos. *Al Partir*, que inicia brillantemente la coleccion, *Las contradicciones*, imitacion de Petrarca, *A las estrellas*, *Al monumento del Dos de Mayo*, *Al Sol*, otro, *Imitando una oda de Safo*, *A Washington*, cuyos dos primeros versos dicen cuanto es dable decir de un grande hombre, poniendo al héroe americano en la altura única donde se destaca sobre la humanidad entera; *Deseo de venganza*, rugiente como la tempestad, de que es onomatopeya feliz, y *Mi Mal*, que cierra aquella primera edicion, dejando oir los desmayados acentos del tedio, en singular contraste con los fogosos de la primera página, exhalados cinco años antes; demuestran, aparte de las dotes de elevacion y grandeza, que parecen ingénitas en ella, la maestría con que allana dificultades de versificacion, pues todos los poetas están conformes en reconocer las que ofrecen esos pequeños poemas, que han de presentar, acabada y hermosa, perfecta si es posible, como una escultura griega, la idea nueva ó notable que informe su ser.

Gracia, ligereza, blandura, dulces recuerdos de la pátria y anhelos de libertad, campean en los deliciosos versos *A mi jilguero*; ternura

infinita en los que dedica á su madre, y asombrosa facilidad en su *Paseo por el Betis.*

Muy inferiores á las que he citado me parecen *La juventud del siglo*, en la que encuentro prosaísmo, y *La Felicidad*, que, aunque bella, es algo enfadosa por demasiado filosófica.

Atendiendo al sentimiento particular que late en ciertas composiciones, encontradas, no ya únicamente entre las de la primera coleccion, sino entre todas, formaría yo otro grupo. *Amor y orgullo*, que es feliz pintura de un corazon de mujer altiva y enamorada, contiene toda una historia de pasion y desengaño, á la que pueden servir de prólogo las quintillas y cuartetos *A El*, y de ampliaciones el soneto imitando á Safo; el titulado *Deseo de venganza*, los lindos sáficos *A la luna*; los *Cuartetos en un cementerio; La esperanza tenaz; A una acacia; La Venganza*, trozo de incomparable energía, de sorprendente belleza y novedad y de dificilísima ejecucion; *El recuerdo importuno*, y la imitacion de Byron *A la luna.* Los lindísimos cuartetos *A El*, en que no hay un verso que no sea muy lleno y sonoro, serían el epílogo de la historia, ó novela—no sé lo que será—que estos versos han ido formando en mi mente, sobre el dato de algunas palabras oídas hace largo tiempo á un sujeto de grande veracidad, íntimo amigo de la poetisa. Y tanto se ha arraigado en mí este pensamiento, que sigo grado por grado todas las evoluciones de una gran pasion en el alma de Tula.

Paréceme ver á ésta fascinada por la ardiente mirada del gran poeta extremeño, incapaz de sujetar su corazon á sentimiento alguno, como no fuese el sentimiento de la libertad; la veo, fiera en su abandono, formando absurdos proyectos de espantosas venganzas, que jamás hubiera realizado; observo como su espíritu se apacigua poco á poco en dulce melancolía, y cuando muere, en todo el brillo de la juventud, el objeto de su amor y de sus iras, óigola entonar doliente canto, que quiere aparezca filosófico para el mundo, y que en sus contenidos acentos de íntima amargura encierra el perdon que demanda la muerte. Mírola despues, arrepentida y llorosa, hacer pedazos el poema de que es terrible muestra el fragmento *La Venganza.* La veo perseguida tenazmente durante años por el recuerdo de aquel malogrado

amor, que al fin va el tiempo debilitando, hasta quedar extinguido del todo cuando el afecto de esposa llega á ocupar su alma. Y todavía, mucho más tarde, en la comedia *Tres Amores*, miro reaparecer aquella reminiscencia confundida entre otras memorias de su juventud.

Quizás algunos rechazarán con incrédula sonrisa la conjetura de ese amor, mantenido por Tula durante tan largo tiempo, porque den ascenso á los persistentes rumores que han circulado en Cuba, negando á la viril poetisa exquisita sensibilidad. Como no pienso hacer su apología, atropellando la verdad, recojería esa observacion y la consignaría en estas páginas como rasgo de carácter, si la creyese fundada. Mas para convencerme de su inexactitud, me bastan, sin necesidad de fijarme en otras piezas poéticas ni en varios hechos de su vida que me llevarían á idéntica conclusion, las *Elegías* inspiradas por la muerte de Sabater. Tan hondos y dulces gemidos no pueden ser falsificaciones del sentimiento: son el sentimiento mismo exhalándose del alma, que vuela en alas de religiosa esperanza á encontrar otra alma querida, allá en celestes regiones.

No queriendo detenerme á citar todas las composiciones, lo que, sobre ser inútil, haría este trabajo demasiado monótono, paso por alto varias de la primera edicion, aunque se encuentran muy pocas en que no haya que admirar algun pensamiento grande ó bello.

Poco despues de las poesías, dió á la prensa las novelas *Sab* y *Dos Mujeres*, ámbas excluidas por ella de la coleccion completa, y de las cuales no he podido procurarme ejemplares. Por los párrafos de don Nicomedes Pastor Diaz, copiados en el trabajo crítico de Luis Vidart que se incluye en el *Apéndice* de las obras completas, conozco el asunto de *Sab*, tomado de las costumbres cubanas, ó, mejor dicho, de la esclavitud en Cuba, y tratado con altas miras humanitarias y liberales. El mérito literario de este ensayo fué juzgado por Lista, á quien lo dedicó la autora, bastante favorablemente, y por el citado Pastor Diaz, con el lírico entusiasmo que le inspiraban siempre las obras de la poetisa cubana. Las palabras del último me hacen comprender que Sab fué el precursor de esa série de personajes típicos, creados por Tula, que llegan en sus pasiones á los últimos extremos, alzán-

dose, cuando la caida moral parece inevitable, ó despues de caidos, á tan prodigiosa altura, que apénas puede levantarse el pensamiento, embargado por la admiracion, á contemplarles en toda su grandeza.

Vidart concede mayor mérito á *Dos Mujeres*, y nos dá á conocer el espíritu de libertad que anima tambien esta obra. La mujer, en calidad de esposa, es el ser que pide en ella justicia á la sociedad por boca de quien tantos títulos podía alegar, hallándolos en sí misma, para robustecer esa defensa, por muchos intentada y siempre desatendida; aunque no será extraño que, á la larga, se encuentre ganada, sin que hayan sospechado mucho su progresion favorable ni las defendidas, ni los defensores, ni .... iba á decir los opresores; pero ¿á quién aplicar tal calificativo, si apénas habrá hombre tan raro que no esté dispuesto á romper cien y más lanzas por una sola mujer? Digamos, pues: ni la opresora legislacion que rige en la mayor parte de los países, y cuyos cómplices vienen á ser las absurdas costumbres que imperan en los mismos, y la Iglesia católica que se impone en algunos.

Llegó el año 1844, fecundo y glorioso cual ninguno para nuestra poetisa. En él escribió y dió al público *Espatolino*, *La Baronesa de Joux*, *Munio Alfonso* y *El Príncipe de Viana*.

En *Espatolino*, como en las dos novelas precedentes, trata, con criterio progresista tambien, una importante cuestion social: la pena de presidio y su corolario casi forzoso, la pena de muerte. La autora presenta en su protagonista un hombre de alma elevada y buena, vehemente en sus afectos, á quien criminales ingratitudes habían acibarado la existencia. Pide reparacion á las leyes, y viendo que se le esquiva, mientras triunfan los perversos que han llevado á su casa la miseria y la vergüenza, déjase arrebatar por el dolor y por el odio, trueca la reparacion en sangrienta venganza, y llega por último al presidio, de donde sale un dia; pero llevando ya en la frente el estigma que le aisla en medio de la misma inexorable sociedad, que con sus imprevisoras leyes y sus absurdos preceptos de honor le ha empujado á aquel pudridero de almas, y que, de paso en paso, le hace caer en el abismo del crímen, de donde cadáveres únicamente acierta á extraer su fria justicia.

No hay conciencia, por austera que sea, que despues de conocer la horrorosa historia de Espatolino, por él mismo referida, no se sienta inclinada á pronunciar la absolucion de sus tremendas culpas; ni que, al verle ansioso de regeneracion, no desée para el criminal, próximo al arrepentimiento, la misericordia de sus jueces.

La novela, tan atractiva ya por el asunto, subyuga además por el inimitable estilo con que está narrada. Todos los personajes hablan con propiedad, si exceptuamos á María, que pronuncia relaciones demasiado bien hiladas en boca de una pobre muchacha afligida, y alguna vez á su hermano Pietro, por ejemplo, cuando opina sobre medidas de versos. Encuéntranse trozos de grande elocuencia, especialmente la narracion de Espatolino, á que he aludido, y que, conmovedora y terrible en alto grado, es una de las defensas más enérgicas y generosas que puedan hacerse en favor de los infelices estrechados por la implacable crueldad de su destino, por desesperacion, á ser criminales.

Hay mucha felicidad de pincel en las escenas de bandidos. Ideas desordenadas, fanatismo en consorcio con el crímen, instintos naturales, restos informes de honor, todo lo que puede producir la ignorancia, se encuentra allí, mezclado y confundido con la mayor verdad.

El interés dramático se apodera del ánimo con irresistible fuerza, hasta llegar á producir dolorosa tension. Y cuando todo ha concluido, y el lector respira despues que Espatolino ha expiado en el suplicio sus nefandos crímenes, dejando caer al mismo tiempo el peso de una vida más en la balanza—que tambien existe—donde se equiparan los delitos y las virtudes de las civilizaciones, para ser juzgados en su dia, ¿qué tiene aún que decirnos la autora que pueda interesarnos?

Por boca del infame esbirro, del miserable Rotoli—tipo ennegrecido por Tula más que ningun otro; el único de completa degradacion moral que se encuentra en sus obras,—sabemos que la desdichada esposa del bandido está loca, que, consistiendo su pacífica demencia en creerse reina, dicta decretos de clemencia á todo el universo, y que, «despues de discutir sobre las ventajas é inconvenientes que ofrece la abolicion de la pena de muerte, resuelve la cuestion de una manera hábil. Subsista—dice—toda vez que tantos la juzgan necesaria; pero

ejecútese segun lo decretó el Legislador divino, cuando descendió á este planeta infausto: *Que tire la primera piedra el que se reconozca sin culpa.*»

Recuérdase entónces la extraña mirada de Anunziata al penetrar en la capilla donde esperaba su marido la hora de morir, recuérdase su inmovilidad de estátua, su glacial silencio, recuérdase que *habló por fin*, y que Espatolino cayó desplomado en tierra al escuchar las primeras palabras de la mujer amada, á quien iba á dejar sola en el mundo, llevando en su seno al hijo por quien habia llegado á sentir lo que ántes creyera imposible, que el arrepentimiento entraba ya en su pecho, desgarrado por el dolor.

La autora dice que aquel momento fué el de verdadera expiacion para el culpable, y es tambien, por efecto retrospectivo é inesperado, el que hiere más profundamente al lector, con el espectáculo de aquella pobre loca, de la infeliz Anunziata, alma purísima, colocada como celeste redentora junto al alma criminal; y cuyo único delito consistia en haber amado mucho.

La Baronesa de Joux es un pavoroso cuadro del feudalismo en toda su barbarie; durante el siglo XII. Una de las cualidades que en más alto grado poseia la ilustre escritora, era la de trasladarse á épocas y países los más lejanos, moviéndose en ellos tan á sus anchas, como si su medio natural estuviese en todas partes.

Así, en la obra que nos ocupa, el agreste paisaje coronado por adusta fortaleza señorial; las interminables y desastrosas guerras de los barones, que con sus haciendas legaban sus ódios de generacion á generacion, hollando mil veces la felicidad de jóvenes amantes, que eran su sangre y su carne, por mantener aquellos implacables rencores, difícilmente abrevados en lagos de sangre; el derecho de vida y muerte ejercido por el castellano en la indefensa familia: siervos, hijos y esposa; el fanatismo despoblando las ciudades para ir á rescatar dudosa reliquia en lejanas tierras; las preocupaciones del vulgo, viendo aparecidos y oyendo voces misteriosas de espíritus que abandonaron sus cuerpos; la estúpida lealtad del siervo; la brutal venganza, inventando refinamientos de crueldad; todo ese deforme estado social que persistió en Europa durante siglos y siglos, despues del espantoso caos pro-

ducido por tan heterogéneos componentes, como fueron los antiguos latinos, mitad paganos, mitad cristianos, y los bárbaros del Norte, sin más ley que su instinto acometedor; todo eso está pintado de mano maestra en *La Baronesa de Joux.*

Aquí no hay tésis defendida, porque de aquellos males no quedan, felizmente, más que vestigios. No hay más que una pintura. Pero una pintura tal, que podria creerse se habia copiado del infierno, si el mundo no hubiese sido á veces peor que todos los infiernos soñados por el hombre para aumentar sus desdichas, y si en medio de ese cuadro sombrío no derramasen suavísima luz con sus aureolas de amantes y de mártires dos figuras angélicas, robadas tal vez al Cielo, sin que perdieran al tocar la tierra sus inmaculadas perfecciones.

Tales obras dejaron sentada para siempre la fama de Tula como excelente novelista, aumentando así la de gran poeta que ya le habian conquistado unas cuantas poesías; y su ambicion de gloria lanzóse entónces á más alta esfera, dando al teatro el drama trágico *Munio Alfonso.*

El asombro fué general. Todos irian preparados á ver un drama como los que por aquel tiempo escribian García Gutierrez, el Duque de Rivas, Zorrilla y tantos otros famosos dramaturgos que ilustraban á porfía la escena española. No fué nada de esto. La obra de la jóven cubana estaba vaciada en los eternos moldes de lo perfecto. Era una obra como no se habia visto ántes ninguna en el teatro español; como no habia de verse en mucho tiempo, exceptuando otra de la misma autora; una de esas obras que, despues que han pasado siglos, no han hecho más que comenzar su larga existencia.

En ella se nos aparece vivo, palpitante, el guerrero del siglo XII. Vémosle venir en soberbio triunfo, vencedor de los moros; oimos los vítores entusiastas con que le aclaman oleadas de pueblo, y cuando por fin se presenta, ocupa el centro de vastísimo cuadro, que ha tomado las proporciones de una gran ciudad, electrizada por sus hazañas. Llega revestido de acero, como conviene á quien jamás ha sentido flaquear su corazon; á quien está dispuesto siempre á verter la última gota de su sangre en servicio de su Dios, de su rey y de su honor, entidades que, en aquella época de su exclusivo dominio, exigian cruen-

tos é incesantes holocaustos Llega en esos momentos gloriosos en que el héroe eclipsa al soberano, áun en aquellos rudos tiempos en que se veia casi tan inmensa distancia entre el vasallo y el monarca, como entre lo humano y lo divino; y, con el entusiasmo de quien aspira todavía olor de caliente sangre, derramada en los campos de su triunfo; con el ardor de quien escucha aún el estruendo de la batalla y los gritos que le aclaman vencedor, refiere las peripecias de aquella; brevemente, pero con frases que han de grabarse para siempre en la memoria de los que atentos le escuchan; con frases como éstas:

Aquí se encuentra un tronco mutilado . . .
Allá una frente que aún sostiene el yelmo . . .
Acá una mano solitaria y fría,
Que, de la vida en el afán postrero,
Con crispatura tal asió la espada,
Que aún clava en ella los sangrientos dedos!

Pero aquel corazon, que habia tomado el templo del acero, bajo el cual latía habitualmente, era suceptible tambien de tiernos afectos, y todos éstos se concentraban en él para una hija única y amantísima. Fronilde, inocente y púdica, era una especie de oásis para el alma del guerrero; y Fronilde aparece ante sus ojos, en una noche pavorosa, olvidada de que el primer blason de su casa es el honor, y, loco de ira, recoge á la luz de un relámpago la espada que habia desenvainado para el prófugo seductor, y se lanza en pos de la hija infeliz, pidiendo un rayo á la tempestad que brama.

La catástrofe llega rápida, tremenda, épica. La tragedia ha concluido como todas, dejando en el ánimo del espectador profundas impresiones de horror, de lástima y de admiracion, que á un tiempo mismo le dominan. Pero nó. Hay un cuarto acto. ¿Qué va á pasar en él? Fronilde no está viva; no. Munio iba demasiado ciego por la ira, para que su instinto no hubiese encontrado el corazon de la víctima. No hay en aquella última escena uno de esos recursos que proporciona el telon cayendo súbitamente en los momentos más decisivos.

Comienza aquel inexplicable acto cuarto en la cámara del arzobis-

po de Toledo, quien espera á Munio, asombrado de que éste le haya pedido la inmediata reunion de un concilio, sin atender á que ámbos debian acudir á palacio en aquellos mismos instantes para dar la bienvenida al soberano. Llega Munio, andando automáticamente, sin conciencia de cuanto le rodea ni de sí mismo. Es una petrificacion hecha por el dolor, y que, para ser más terrorífica, alcanza movimiento. Su nombre, pronunciado por otro, le vuelve á la vida; pero en su memoria no hay más que un recuerdo espantoso, ante su vista no hay más que una escena de horror.

¡Era una hembra!
(Delirante.)
¿No conocísteis en aquel gemido
Su dulce voz, de pérfida sirena?. . .
¡Aquella voz que bendicion pedia
Al padre que engañaba vil y artera. . .
Allí, en la estancia en que al amante impuro
Iba á esperar entre las sombras densas!. .
¿No sentísteis su mano blanca y leve,
La mia asir, y desprenderse yerta
Cuando al golpe cruel saltó la sangre,
Para lavar de mi blason la afrenta?. . .
Y en el dolor profundo, que en sus garras
Me destrozaba el corazon, ¿la prueba
No tuvísteis,—¡decid!—de que era mia
Esa sangre infeliz. . . .
. . . . . .
Está corriendo
De esta mano su sangre. . . . siempre humea
Caliente todavia. . . . y cae en torno,
Y me circunda en medio de tinieblas. . . .
¡Pero los rayos su fulgor siniestro
En las hirvientes ondas reverberan!. . . .

Y cuando se le pregunta el nombre del seductor:—«*¡Vive!*»—res-

ponde, como si esta sola palabra bastase á indicar que únicamente podia vivir despues de haber mancillado su honor, sagrada persona, á quien debia incondicional lealtad.

En ese momento de terrible exaltacion, encuéntrase á presencia de la persona aborrecida, que le apostrofa, que le insulta, que se despoja de la majestad real para que sus aceros puedan chocar con la furia del ódio más acerbo; y de esta ruda prueba sale triunfante la lealtad de Munio, que arroja su espada en pedazos, ántes que mancharla con la sangre real, á los piés de D. Sancho de Castilla, para que la pise como ha pisado su honor.

Descubre entónces que su hija, digna y pura, iba á ser elevada al trono. El padre queda anonadado por el pesar. El héroe, cayendo en aquel abismo de desesperacion, va á quedar perdido para la gloria, perdido para la Iglesia y para el Trono, que tienen en él su más firme sostenedor; pero este desfallecimiento no dura más que un instante, y el antiguo caballero castellano se irgue de nuevo con la certidumbre de que su honra no ha sido manchada, y, glorioso como le vimos por primera vez, pero mucho más grande porque lleva en la augusta frente el sello del honor, de la lealtad y de la desventura, estampado con la sangre de una hija inocente y adorada, sale de la escena para ir á combatir contra los infieles miéntras quede en su pecho un resto de aliento.

Por aquella penitencia perdonaba la Iglesia todos los pecados; por ella tambien le absolvió su época. Nuestro siglo, penetrado de admiracion y de respeto, queda absorto ante el coloso de la Edad Media, sin rival en sus lúgubres fastos.

El público madrileño conocia sin duda á la señorita Avellaneda por algun retrato, en que habria visto su arrogante busto; su rostro acentuado y grave, encuadrado en abundosos rizos, que bajaban hasta la garganta; su frente ancha y serena; sus hermosos ojos negros, sombreados por espesas cejas casi horizontales, como pinta ella las de Espatolino. Sabria, en fin, que era una mujer hermosa; pero cuando, concluido el drama, la hizo aparecer en el escenario bajo una lluvia de flores, entónces vió aquellos ojos magníficos, fulgurando con el brillo que enciende el triunfo; vió aquel ámplio seno, levantado por las

rápidas palpitaciones del entusiasmo y del contento; vió en fin á la mujer, radiante con la victoria de todas las entidades que en ella se compendiaban aquella noche: con la victoria de su sexo, tan deprimido siempre; con la victoria de la distante isla natal, tan escasa entónces—y todavía—en laureles escénicos; con la victoria de su propia individualidad, que tan contrarestada habia sido en su irresistible vocacion; y deslumbrado, electrizado, creyendo hallarse á presencia de la diosa de la escena, aclamóla con incansable frenesí.

Aquella noche se pronunciaron frases tan felices respecto á la extraordinaria jóven; que han sido cien veces repetidas y lo serán miéntras de ella se hable.

Despues del tremendo acto tercero, salía D. Juan Nicasio Gallego á los pasillos, murmurando entre dientes:—*¡Es mucho hombre esta mujer!* Sus palabras corrieron de boca en boca, fueron una luz para el orgullo masculino, y los poetas—no diré del bando contrario, porque Tula no tenía contrarios esa noche,—los poetas masculinos declararon desde aquel instante que la Avellaneda, por su genio, les pertenecia en absoluto; y tan firmes quedaron en ello, que, pasando del dicho al hecho, la colocaron sin más ni más en una galería de poetas españoles, donde, con mengua de la galantería castellana, no tenían cabida las poetisas. A la cabeza de éstas dejaron á Carolina Coronado, que ya se habia conquistado ese honroso puesto.

Pero hé aquí que la ilustre cantora extremeña no se conformó en manera alguna con lo decretado, y, colocando á la Avellaneda en su *Galería de poetisas contemporáneas*, protestó contra el enorme despojo que intentaban ejecutar en su sexo, arrebatándole «la primera poetisa, la más eminente, la que de fijo ha de sobrevivir en los siglos venideros.» Demostró que la Avellaneda podia figurar en ambas galerías, porque si era poeta, tambien era poetisa, y lo hizo con tan irrebatible lógica, con tan exqisito ingenio y tan seductora gracia, que si no se le otorgó la victoria, es preciso convenir en que supo merecerla.

A *Munio Alfonso* siguió en breve plazo *El Príncipe de Viana*, drama hermosísimo que afirmó la reputacion de la autora—ya que no la acrecentase—en la grande altura á que habia llegado desde su poderoso arranque inicial. La accion de este drama, que pasa en tres

puntos distintos, tiene más movimiento que la del anterior; hay en él más recursos teatrales, más pasiones en pugna, y menor grandeza de conjunto. No se ve descollar, como en aquel, una gran figura que caracterice toda una época. El plan es vasto y está desarrollado con grande habilidad y talento. La versificacion, robusta, bellísima, grandilocuente, vibrante, como lo es siempre la de Tula. Los caractéres están trazados de mano maestra, especialmente el de la reina Dª Juana Enriquez, francamente egoista y mala siempre que habla con su cómplice Peralta; refinadamente sagaz con el esposo, á quien hace instrumento de sus ambiciosos planes, valiéndose ya del halago, ya de la queja; ya lanzando certeros dardos á su amor propio. Hay trozos de suprema energía y escenas interesantísimas, sobre todo, la del pavoroso delirio de la reina, despues de consumado el crímen, y los terribles apóstrofes de Isabel. Causa frío oir decir á la perversa Juana, extraviada la razon, miéntras que el mísero Príncipe, con el veneno oculto ya en sus entrañas, es llevado en triunfo:

Quizás tambien el sucumbir me toca....
¡Pero Fernando la corona hereda!
Dádsela!.... pero nó.... lavadla ántes;
Porque el sudor del muerto la envenena!

Tuvo escrúpulos la Avellaneda por haber acogido como crímen probado lo que no pasa de conjetura histórica; por haber cargado toda la culpa sobre la madrastra, salvando al padre, y por haber atribuido complicidad al canciller Peralta en el hecho atroz imputado á aquellos. En cuanto al canciller, está justificado el reparo; pero es excesivo tratándose de los regios consortes, cuya dura condicion, cuyas repetidas perfidias con el magnánimo príncipe, á quien despojaron de todo, hasta de la esposa que se habia elegido, dieron razonable fundamento á la opinion pública para achacarles la muerte de quien, apoyado por el amor de los pueblos, escapaba, á veces sin intentarlo, de cuantos lazos le tendian sus inícuos perseguidores. Si el crímen tuvo efecto y si Juana no le consumó por sí misma, bien puede creerse que fué la principal instigadora para su perpetracion, pues son harto conocidas

la grande influencia que, jóven y experta, ejercia en el ánimo de su viejo esposo, y la ambicion sin límites con que procuraba, á par que su propio engrandecimiento, dejar expedito el camino del trono á su hijo Fernando, para cuya elevacion era obstáculo el primogénito de D. Juan. La reina contaba con el arrojado esfuerzo de su espíritu varonil para sostener estos personales intereses, y el triunfo más completo coronó su obra.

Mas, sea lo que quiera del crímen, como ese detalle no afecta en nada al mérito intrínseco del drama, hubiéralo pasado por alto, si no quisiese fijar la atencion del lector en la rara facilidad con que Tula condenaba á completo olvido obras como *El Príncipe de Viana*, cuya salvacion se ha debido á deferencias que tuvo con la excelente escritora Fernan Caballero.

No he querido tomar en cuenta algunos versos defectuosos notados en los dos dramas que acabo de examinar, porque, tras de ser poquísimos, me ha parecido que no debia descender de tan grandes bellezas á tan nímios lunares. De la misma manera he juzgado supérfluo hacer mencion del profundo conocimiento del teatro que poseia la autora y del gran cuidado con que aparecen justificacadas todas las entradas y salidas; porque artistas de su talla no suelen descuidar perfiles, que, pareciendo tan leves, contribuyen tanto á que el cuadro se destaque con la sorprendente belleza y verdad de lo concienzudamente acabado.

El incesante y rápido trabajo á que, en largas vigilias, habia sometido Tula su cerebro durante más de un año, y las fuertes emociones que necesariamente producen tan ruidosos y repetidos triunfos, por muy naturales que puedan presentarse á la confianza que inspira el propio valer; parece que habian alterado su salud con la excitacion febril á que su nervioso temperamento la exponia de contínuo. En tal estado, dice ella misma, y asediada por empresarios y actores, produjo en tres dias el drama *Egilona*, que, acojido benévolamente por el público al representarse en 1845, fué no obstante, excluido de la coleccion «por juzgarlo indigno del trabajo de una reforma.»

Pero aquel mismo año, que en ella puede llamarse de postracion, volvió á resonar su nombre aclamado con nuevo entusiasmo en todos los ámbitos del reino. El incidente que motivaba tal efervescencia, es

tan conocido en Cuba y en España, que lo pasaria en silencio si, escribiendo una biografía, no me creyese en el deber de consignar todo hecho que tenga en ella alguna significacion.

Préstame además oportunidad este suceso, y no es equitativo que la rehuya, para tratar la cuestion latente por decirlo así, hace mucho tiempo en Cuba, acerca del patriotismo de la Avellaneda. Se ha creido que ésta habia olvidado, ingrata ó despegada, á la patria provincial, por enorgullecerse y acordarse solamente de la patria nacional. Yo estimo el cargo injusto, creo llegada para la ilustre cubana la hora de su reparacion, y me decido á iniciarla con las pocas fuerzas que tenga para ello, apoyándolas en las evidentes pruebas contenidas en sus mismas obras.

Con objeto de celebrar la clemencia de Isabel II, que al subir al trono habia dado garantías de libertad, y que inauguraba su reinado con actos de perdon, indultando á varios reos políticos, sentenciados á muerte, abrió un certámen el Liceo de Madrid, y Tula concurrió con dos bellísimas composiciones. Obtuvo el accésit la que acompañó con su firma, y mereció el premio la que envió con el nombre de su hermano Felipe Escalada. Llena de entusiasmo, como todo el mundo, la junta gubernativa del Liceo, le otorgó además dos coronas de laurel de oro, que, en pomposa solemnidad celebrada con tal objeto, colocó el infante D. Francisco de Paula, por ausencia de la Reina, en las sienes de la jóven cantora.

Supongo que esta circunstancia y la de haber leido poco ántes Tula á presencia de la misma soberana otra composicion, de mucho mérito tambien, escrita por aquella para un álbum que regaló el Liceo á Isabel, con motivo de la declaracion de su mayor edad, dieron orígen á las amistosas relaciones sostenidas en lo adelante entre la escritora y la real familia, que siempre la distinguió con demostraciones de aprecio y simpatía.

Más tarde se declaró Isabel retrógrada y, por tanto, se hizo impopular; y en Cuba, donde ya habian comenzado á circular fuertes corrientes políticas contrarias al gobierno metropolitano, se veia con desagrado que Tula mantuviese tan íntimas relaciones con la que era cabeza de aquel gobierno. La ausencia, además, produce efectos dia-

metralmente diversos en el indivíduo separado de la colectividad en cuyo medio nació y de donde se lleva tantos dulces recuerdos, y en esta misma colectividad, que solamente pierde un miembro entre tantos que posée; á ménos que ese miembro separado no se haga notar por algo vitalmente importante para ella; como sucedía en la misma Cuba y por la misma época en el caso de Heredia. Así se vió que los triunfos de la Avellaneda se consignaban en los periódicos de su isla natal con cierta indiferencia, que el recuerdo pasaba fugaz y que no faltaba quien se atreviese á verter con respecto á ella algunas descorteses palabras, hallando valor para hacerlo en la pública esquivez con que se la trataba.

He oido formular la acusacion de que, estando tan unida á la reina, nada hizo en favor de Cuba, y esto es precisamente lo que me ha hecho escojer el incidente del certamen—ligándole con la oda del álbum á que me he referido, por ser objeto de las tres composiciones la misma encumbrada señora—para tratar de demostrar lo contrario.

Esa oda termina con la siguiente hermosa, sentida y espontánea estrofa:

Salud, ¡jóven real! mientras su frente
A tu planta inocente
Esta patria del Cid gozosa inclina,
Recuerda que en los mares de Occidente,
—Enamorando al sol que la ilumina—
Tienes de tu corona
La perla más valiosa y peregrina;
Que allá, olvidada en su distante zona,
Do libre ambiente á respirar no alcanza,
Con ansia aguarda que le lleve el viento
—De nuestro aplauso en el gozoso acento—
La que hoy nos luce espléndida esperanza.

No bien sentada en el trono Isabel, le hablaba en pro del suelo natal, privado de libertad; sin que nadie la hubiese incitado á hacerlo, por propia inspiracion; y debemos creer que si nada obtuvo para aquel, no sería porque le tuviese olvidado, sino por las mismas causas que

han hecho desatender tantas peticiones formuladas, ya por altas individualidades, ya por respetables corporaciones.

Sería tambien injusto acriminar á la Avellaneda porque no hubiese demostrado grande actividad política en sentido reformista. Ni la política de Cuba se había afianzado entónces lo bastante; ni las circunstancias en que vivió siempre la escritora eran propicias para tal propaganda; ni son todavía las mujeres llamadas á excitar y dirigir la opinion pública.

Pero en su esfera natural, en la esfera del arte y del sentimiento, en sus poesías líricas, que es donde—como sucede á todos los poetas—deja que se trasparenten más sus recónditos afectos; allí podeis buscar, y encontrareis diseminados en todo el libro, principiando por la expresiva dedicatoria de todas sus obras á *la hermosa Cuba*, calurosos recuerdos de la patria, siempre evocados con ternura infinita y con exaltada admiracion; y si aún se necesitan más pruebas, *El Artista Barquero* puede proporcionarlas en abundancia. De modo que, en mi concepto, Tula hubiera podido, fundando mejor sus agravios, devolver á Cuba resentimiento por resentimiento, queja por queja. Felizmente no tuvo jamás conocimiento, segun entiendo, de nuestra frialdad con respecto á ella.

Por otra parte, ya se verá más adelante y saben todos aquí, cómo, al retornar á las playas nativas la ilustre hija casi olvidada, saludándolas con acentos que son un cántico de amor, de felicidad y de entusiasmo, y que vivirán mientras viva la poesía castellana; todo aquel hielo se fundió instantáneamente al calor de los mismos apasionados sentimientos.

Observo además con placer que, hace algun tiempo, viene operándose otro curioso fenómeno; y al observarlo comprendo que no será para mí ni para nadie, sino para la época presente, el honor de haber iniciado la vindicacion de la Avellaneda. En efecto, su recuerdo se evoca con más frecuencia y más amor cada dia en nuestro país; y tal parece que su figura inmortal, ceñida de resplandores, viene acercándose á Cuba, y que la proximidad, á medida que es mayor, va destacándola más y más grande. Y, como si realmente se alejase del suelo europeo, que fué teatro de sus triunfos, vemos que en España van po-

niendo su nombre en olvido, hasta algunos hombres que la rindieron entusiastas tributos de admiracion.

Hoy se forma en Madrid lujosa galería de *dramáticos contemporáneos y joyas del teatro español del siglo XIX*, desde el Duque de Rivas hasta Echegaray, y en ella no aparece la Avellaneda, que alternó con la mayor parte de esos ingenios y que tan admirada y ensalzada fué por ellos. ¿Será que ya no es poeta, sino poetisa, y que entre sus obras no se encuentra ninguna joya? Inclúyese para muestra de la tragedia clásica en España, el *Edipo* de Martinez de la Rosa; el *Edipo*, cuerpo sin alma que, á manera de fantasma, arrastra sus tardos pasos en el soberbio panteon griego; traduccion que trunca y disloca (segun demuestra en luminosísimo escrito el Sr. Menendez Pelayo) la grande obra de Sófocles que le sirve de pauta; y nadie se acuerda mientras tanto de *Baltasar*, de *Saúl* y de *Munio*, que, si no son tragedias clásicas, tienen exuberante vida propia

Pero aun hay más. En ninguno de los juicios crítico-biográficos que contiene el primer tomo, único que he leido hasta ahora, se menciona para nada á la Avellaneda ni á sus obras. Omision que me sorprende más en el trabajo que suscribe D. Juan Valera, por haber este señor consagrado frases de grande encomio al *Baltasar* y á su autora en unas *Observaciones* que publicó durante las primeras representaciones de ese drama. Que la olvidase, no es probable, ya que la extension de su hermoso estudio, los numerosos datos que hay en él y su limadísimo estilo, demuestran que no fué hecho con precipitacion; que deliberadamente la omitiese, es muy extraño. ¡Parece tan natural que al hablar de Gallego y de sus más distinguidos discípulos, como lo hace varias veces, acudiese á su memoria la Avellaneda, que con tanta gratitud y aprovechamiento siguió siempre las advertencias de aquel sabio preceptista, y que de él obtuvo los más altos y explícitos elogios!

Yo recorro todo ese primer tomo, y no encuentro en él drama alguno que supere, ni siquiera iguale á los dramas escojidos de la Avellaneda. Y la desconfianza harto fundada que tengo de mi gusto y mi criterio, se aumenta considerablemente al verlos tan apartados, si por las apariencias he de juzgar, de otros gustos más exquisitos y otros criterios más rectos é ilustrados.

En 1845 apareció *La relada del helecho*, leyenda fundada en una tradicion suiza, y como nuestra autora se entretuvo varias veces en obritas de este género, y las que siguen á ésta no llevan fecha de publicacion, las pasaré todas en revista seguidamente.

Los países montuosos han sido siempre los más ricos en leyendas fantásticas. Allí, el acendrado instinto moral de pueblos pastoriles y lo que tiene de pavoroso la agreste naturaleza de intrincadas montañas, se compenetran en tradiciones terríficas que graban profundamente en sencillos pechos y no cultivadas inteligencias los más sanos principios de conducta. Un accidente raro del terreno, un eufemismo aplicado á algun sitio demasiado árido, una flor más ó ménos semejante á un insecto, una fuente cristalina que brota en peladas rocas, una constelacion en forma de cruz, un halo en torno del sol ó de la luna, un eco misterioso que sorprende al viajero repitiendo sus voces, una niebla nocturna que finge inmenso sudario, una llama lívida que la electricidad enciende en cuerpos putrefactos ó en elevados mástiles; todas estas cosas naturales son otras tantas páginas sibilíticas, en donde la imaginacion del vulgo, no ménos asombrada que convencida, lée con insaciable curiosidad historias de amores desgraciados, de crímenes espantosos, de horrendas ingratitudes, y tambien augurios fatídicos y tremendos castigos providenciales. Jamás falta la sancion moral á tales leyendas, porque, esencialmente poéticas y exageradas, como frutos genuinos que son de la fantasía; si no encuentran aquella en la tierra, traspasan con los ojos vendados de la fé los límites de la vida, y van á descubrirla, á merced de milagrosos indicios, en la infalible justicia eterna.

Ese poder imaginativo, unido al más alto sentimiento estético, á una existencia próspera y á una naturaleza riente, ha consagrado por modo distinto y para siempre cada palmo de terreno de la antigua Grecia y del Asia Menor y cada pulgada del cielo que desde allí podían divisar, con las bellas quimeras de su rica, alegre muchas veces y, en lo general, serena mitología.

¡Fatalidad terrible que el hombre se haya visto precisado á apoyarse, digámoslo así, en el error, para emprender su larga y trabajosa marcha en busca de la verdad, porque esos primeros inciertos pasos le

han ocasionado caídas cuyas señales se verán por mucho tiempo en su cuerpo ensangrentado! Y gracias si en su inconmensurable carrera, llegan á desaparecer las cicatrices que le dejen.

Leyendas más humildes en su orígen y en sus fines; que no llegan á ofrecer mitos al culto de los pueblos, son menos peligrosas y pueden ser útiles, como he indicado antes. De este género fueron las que Tula trató, y supo conservarles, en breves narraciones, todo su prestigioso misterio, toda su crédula candidez, toda su terrible accion, toda su oculta religiosidad.

Mérito comun á todas ellas es el sello marcadísimo de época y país, y el apropiado lenguaje que usan los personajes, ya con relacion á aquellas condiciones generales de tiempo y localidad, ya con respecto á las particulares de clase social y circunstancias en que se encuentran.

Así vemos en *La velada del helecho* las puras y joviales costumbres de la Suiza, explayándose en risueños cuadros de amores, festines y danzas, ligeramente oscurecidos por algun siniestro incidente, como conviene al fondo sombrío que les presta aquella abrupta naturaleza, tan adecuada á la temerosa supersticion de sencillos campesinos. Además de ser una interesantísima leyenda, muy bien narrada, es precioso poema descriptivo. Todos los diálogos están hechos con el mayor tino. Los pormenores de poca importancia, auxilian paulatinamente la accion, sin embarazarla con superfluidades ni dejarla escueta un solo instante. La trama, harto complicada, permanece tan oculta, que los golpes de efecto llegan inesperadamente y producen todo el que se ha propuesto la autora, sin que descuído ninguno dé la clave del misterio antes del momento en que ella quiere descubrirlo. Encuéntranse aquí y allá algunos rasgos de libre pensadora, que contrastan con el severo dogmatismo de sus últimos años.

Aunque las páginas tituladas *Una anécdota de la vida de Cortés*, no aparecen como leyenda, sino como fragmento de la novela *Guatimozín*, que el mal estado de salud en que se hallaba la autora cuando corregía sus obras, no le permitió depurar, como lo hizo con todas las otras; y aunque los nombres de Cortés y de Guatimozín indiquen bien claramente que la novela y el fragmento están basados en hechos verdaderos, la manera con que éstos han sido tratados, contra la buena

costumbre de la Avellaneda, que si acomodaba los datos históricos á sus miras literarias, nunca los alteró radicalmente; me autoriza, segun entiendo, á incluir entre las leyendas la *Anécdota de la vida de Cortés.*

Sorprende, en verdad, que Tula haya afeado tan sin reparo el carácter dulcísimo de la joven india que figura en esas páginas; al paso que se muestra en extremo escrupulosa por haber imputado á la reina Juana un crimen que sonó en boca de tantas personas contemporáneas de la acusada y que de cerca la veían. La autora no traspasaba los límites concedidos á la literatura aprovechando un dato histórico, siquiera no lo hallase bien comprobado; pero nada justifica el supuesto atentado de Marina, personaje histórico tambien, que tiene por lo ménos tanto derecho al respeto como la iracunda reina de Aragon. Todo lo que de Marina ha consignado la historia, la representa dulce, piadosa para con sus compatriotas (y en este concepto le hace justicia la autora), y tan sumisa á la voluntad de Cortés, que jamás pareció contar con la suya para nada desde que le tuvo por dueño.

No puedo, ni acertaría á disimular la mala impresion que me causa ver desfigurado por tan ilustre escritora el carácter de la simpática jóven mejicana. Y á tal punto descuidó aquella la verdad en este caso, que, dispensando tanto favor á la hermosa viuda de Guatimozín, como injusticia había usado para con Marina, echó en olvido que la ex-emperatriz de Méjico admitió sucesivamente por esposos nada menos que á tres hidalgos españoles; y poco despues de consumado el suplicio de Guatimozín, la hace morir á manos de la pobre Marina (convertida por obra y gracia de la autora en frenética celosa), á consecuencia de haber querido vengar heróica y dignamente la muerte ignominiosa dada á su esposo.

Admiro el ingenio de la Avellaneda para tramar sobre las pocas líneas que cita de Bernal Diaz del Castillo, tan interesante y bien dispuesto episodio (y por cierto que en la crónica de ese buen soldado era donde ménos podía encontrar á Marina con los rasgos que le atribuye); pero repito que en mi opinion se excedió mucho de lo que está concedido al novelista cuando trata asuntos verdaderos; falta que únicamente queda atenuada por la cita á que me he referido, la cual

deja entrever al lector lo que de fabuloso tiene el relato anterior, en cuanto á Marina y á la jóven viuda se refiere.

Exceptuado ese incidente, con quiso hacer más trágica su narracion, como si aun lo fuese poco; todo lo demás está perfectamente ajustado á la historia. El triste drama se ejecuta en la novela con la misma impasible frialdad que se llevó á cabo en los ásperos desfiladeros de América, y Guatimozín muere con aquella entereza de ánimo que, completando el gran carácter revelado en su heróica defensa de Méjico, le señala tan alto á la admiracion de los hombres.

La bella Toda es brevísima leyenda, que reducida á simple narracion, resulta harto insignificante, y es raro que la dejase Tula en tal estado, pudiendo hacer de ella una interesante novelita. Lo único que en esas pocas líneas me llama la atencion es que aparezca falseado otro carácter histórico. Atribúyese en ellas á Isabel *la Católica* injusta y cruel sentencia de reclusion perpetua en un convento, dictada contra la hermosa Toda de Larrea, cuyos encantos habían logrado hacer infiel al rey Fernando (cosa en verdad no muy difícil), y contra la inocente niña nacida de aquellos ilícitos amores. Ahora bien, este rasgo de celosa venganza es enteramente contrario á lo que dice la historia respecto á la prudencia y generosidad con que la grande Isabel apartaba de palacio á sus indignas rivales. Pero se comprende que la falta de exactitud notada, pertenece á la tradicion y no á quien fielmente la repite.

En *Los doce jabalíes*, que es algo más extensa y mucho más interesante, resaltan la bárbara pujanza y los atroces crímenes de los tiempos feudales.

La ondina del lago azul, leyenda pirenaica de nuestros dias y una de las más lindas de la série, tiene todo el espiritualismo francés, hábilmente combinado con la fina coquetería de ese pueblo alegre y simpático. Las bellas y poéticas descripciones de esta narracion están envueltas en tan vaporoso idealismo; Gabriel es tan puro y tan soñador, que *La ondina del lago azul* parece feliz trasunto de *Espirita*, esa filigrana de Teófilo Gautier.

El Sr. Augusto de Cueto, en erudita disertacion sobre las leyendas de la Avellaneda, lamenta que, terminada la que ahora me ocu-

pa, se dé la clave de los extraordinarios sucesos en ella realizados. Concuerda este reparo con el que manifiesta la autora misma al descubrir el misterio. Ella y el crítico quisieran que el ideal quedase á salvo, que no apareciese la mágica y amorosa ondina transformada en frívola mujer que entretiene sus ocios veraniegos en fantásticas coqueterías, á expensas del pobre jóven que lleva en su mente delirios de artista, y aspiraciones á lo infinito en su alma candorosa. Con todo, la autora no retiró la explicacion, y á buen seguro que al dejarla no obedeció á escrúpulos de veracidad. Quizás pensó—y en tal caso le damos la razon—que nuestra época no admite sobrenaturales maravillas sino en cierto círculo especial, que no es el de la novela, y debemos tener presente que esta leyenda no se remonta á más de la primera mitad del siglo actual. Si Espirita ha podido aparecer ante nosotros conservando apenas algunos tenues rasgos de forma corpórea, ha sido porque una parte de nuestra sociedad admite el hecho prodigioso, en singularísimas creencias, que están dentro del círculo á que he aludido; y el resto comprende que el artista dibujaba con líneas y colores maravillosos el aspecto poético de la época, positivista por excelencia, en que vivía.

Para referirnos la historia de la *Montaña maldita*, vuelve á conducirnos la narradora, seduciéndonos con su encantador estilo, á la pintoresca Suiza; más llegamos esta vez para asistir, en tempestuosa noche de invierno, al suplicio de una santa madre, que intenta engañar á Dios mismo, á fin de que no vea ni castigue la ingratitud del monstruo a quien dió vida la infeliz; llegamos para oir la tremenda maldicion que le arranca por último el hijo desnaturalizado, y para ser testigos de cómo se realiza el conjuro de la ultrajada dignidad materna, viendo rodar al culpable, envuelto entre el fracaso de la *Montaña floreciente*, que se destroza á impulsos de formidables aludes, quedando, *Montaña maldita*, resquebrajado peñon, eternamente árido y amortajado en perpétuas nieves, como si en lo adelante no fuese otro su destino que señalar hácia el cielo, para que ninguno olvide que allá reside el poder, vengador de todos los delitos que la justicia humana deja impunes.

La poetisa visitó el país de los vascos, y en él recojió varias tradi-

ciones, entre otras, *La flor del ángel* y *La dama de Amboto*. Resplandece en la primera—y es el noble y bondadoso Ondarra su más genuina expresion—la pureza patriarcal de costumbres de los montañeses vascongados, que si no les hace felices, les da por lo ménos, derecho á serlo. Pero en *La dama de Amboto*, los actores no son sencillos aldeanos, sino poderosos magnates; y sabido es que generalmente éstos sienten en donde quiera que se hallan el vértigo de infandas ambiciones que les hace caer beodos en todos los abismos abiertos ante sus pasos; y en tiempos bárbaros, cuando los barones eran más que las leyes y las leyes casi no existían, nada en verdad podía atajar la caída.

Tambien quiso Tula consagrar una leyenda á su pueblo natal, y escribió *El aura blanca*. Pero lo maravilloso en Cuba, lo es muy poco. Faltan á nuestras leyendas los velos de los siglos, á través de los cuales y por prestigioso efecto, que pudiéramos llamar óptica de la imaginacion, las diversas figuras de los cuadros se caracterizan de tal manera; que las bellas y poéticas, llegan á hacerse casi vaporosas, casi angélicas; al paso que las de aspecto siniestro llegan á parecer tan feroces, que nadie puede dudar de su naturaleza infernal. Falta en nuestra jóven isla esa acumulacion de misterio y de hipérbole que en el antiguo mundo han ido operando numerosas generaciones, agrupadas durante sus largas noches de invierno en torno de rojizas llamas, mientras oyen silbar el viento en dentadas montañas, fingiendo, ya prolongados gemidos, ya gritos ahogados, ya terribles imprecaciones de ira. En nustro clima tropical se vive al aire libre; la luz penetra en todas partes, y lo maravilloso no encuentra simas profundas ni picachos inaccesibles y nebulosos donde refugiarse. Pudiera hacerlo en alguna que otra gruta; más parece que las risas de las bulliciosas caravanas que las visitan con objeto de admirar sus caprichosas filtraciones, ahuyentan los espíritus de los desdichados aborígenes, únicos que pudieran vagar por aquellos lugares, demandando si había llegado por último el dia de las grandes expiaciones.

En cambio de ese tono fantástico, que tanto agrada en las antiguas tradiciones, por lo bien que retrata la primitiva credulidad popular; tiene esta leyenda moderna el mérito de ser verdadera, y de honrar la memoria de un varon justo, cuya caridad, traspasando los límites

346745

ordinarios de esta virtud, entraba de lleno en la esfera del heroísmo, si hemos de hablar en lenguaje mundano; en la de la santidad, si adoptamos el tecnicismo de la Iglesia católica, por él honrada en su hábito de S. Francisco.

En *El cacique de Turmequé* traza con exacto pincel uno de aquellos tumultuosos cuadros del Nuevo Mundo, en que el heroísmo y la perversidad chocan de contínuo, haciendo saltar raudales de sangre. Pero no es eso lo mejor que hay en esta leyenda americana. Bastaba con leer la historia y escribir bien para obtener ese resultado. La grande habilidad de la autora consiste en traer los acontecimientos públicos á formar la trama del finísimo tejido en que iban á aparecer primorosos dibujos; y su gran talento, en el acabado estudio que presenta el tipo de Estrella. Trátase de una mujer ligera, voluble, romántica de buena fé, que toma sus pasajeros caprichos por ineludibles pasiones, á las que debe quedar todo subordinado, porque la espontaneidad y el carácter de eternas que presentan, las asemeja en cierto modo á las leyes inmutables de la naturaleza, para las cuales serían nada las mezquinas trabas que el hombre pudiera inventar. La *incomparable* Estrella es una mujer diabólicamente deliciosa, que, amando con frenesí, olvidando sin saber cómo, y enamorada siempre, llega á trágico fin, sin sospecharlo ni sentirlo apenas.

Casi estéril para la fama de Tula hubiera pasado el año 45, si no hubiese dejado en su frente áureos laureles; con los cuales se glorificaba, no tanto á la cantora de los reyes que perdonan, como á la trágica musa, á cuya voz poderosa dejara Munio el sepulcro, para asombrar con su bárbara grandeza á las modernas generaciones. Pero aquella somnolencia no podía postrar por mucho tiempo la actividad de su espíritu, y en Marzo de 1846 leyó ante la seccion de literatura del Liceo de Madrid el drama bíblico *Saúl*, una de sus obras maestras, que no quiso dar á la escena hasta tres años más tarde, préviamente corregido, pues era Tula el juez más severo que tenían sus obras, y después de haber excitado con ellas la admiracion general, sometíalas á prolijo depuramiento, ó á completa refundicion.

Aunque no calificase de tragedia ninguna de sus obras teatrales, algunas de las que llamó dramas trágicos son verdaderas tragedias, y

más que todas *Saúl*, á la que no faltan ni áun los coros, notables algunos por la belleza y propiedad de las expresiones; como el que entonan las vírgenes, cuando llegan para acompañar á Micol al templo donde ha de unirse con David. El protagonista sostiene desde el principio al fin sangrienta lucha con la implacable fatalidad, que entre los hebreos tenía el nombre de Jehovah, y no pudiendo vencerla, se da muerte por su propia mano.

Es imponente la grandeza de *Saúl*, nuevo Luzbel, erguido ante la ira de Dios, que le persigue, le acosa, le acaba; mas no le doma. Sus blasfemos labios lanzan tremendos retos al arbitrario y sañoso poder que le deja despeñarse de crímen en crímen para castigarle con apariencia de justicia. ¡Con cuánta arrogancia exclama!:

Del arrepentimiento los caminos
Para Saúl por siempre se cerraron;
Si venganza me ofrece el negro abismo,
Por los suyos intrépido me lanzo.....
¡Y que me busque el Dios que me persigue.
De lid tremenda en el sangriento campo.
Do, á su despecho, como á rey me hunda,
Mas no me huelle como á vil esclavo!

Y al traspasarse el pecho con su espada:

Que el cielo y el infierno juntamente
Vengan á disputarse mis cenizas.....
¡El poder invencible que me postra
Deshecho me hallará, no de rodillas!

La modestia de David, el escogido por Dios, forma notable contraste con la soberbia del primer rey de Israel, y la dulzura de la enamorada Micol se esparce blandamente, como suavísimo aroma, purificando aeres vapores de sangre en el campo de los guerreros israelitas.

Hay trozos y escenas enteras—como la de Samuel, cuando contempla con ojos de profeta y de moribundo el lejano suplicio de los levitas—en que, suspenso el ánimo, no sabe qué admirar más; si el

vigor de la frase, la propiedad de las imágenes, ya rudas, ya sencillas, usadas por aquel pueblo primitivo, ó la belleza total que engendran todos esos rasgos típicos, resaltando en sorprendente perspectiva, sobre el vasto fondo en que se descubren hasta formar lontananza, grupos de ejércitos contrarios que se traban en fieras batallas.

Esta tragedia, por su grandeza, así como por su carácter sobrenatural y fatalista, fué la precursora de *Baltasar*.

A principios del año 46 contrajo matrimonio la Avellaneda con el Excmo. Sr. D. Pedro Sabater. Dice uno de sus biógrafos, testigo presencial del hecho y amigo muy fiel de la poetisa, que fué por parte de ella aquel enlace acto de piedad hácia el amigo enfermo, más bien que de amor. Es muy posible, y puede encontrarse apoyo á esta aseveracion en los *Cuartetos* que dedicó á Sabater poco antes de aceptar su mano. Elévase en ellos á prodigiosa altura. Son tan grandes los conceptos, que apenas puede consagrarse atencion á las bellezas de forma, que, no obstante, la reclaman y atraen á cada momento, cual si se disputasen la victoria una y otra excelencia. Con noble franqueza exclama:

Por admirar y amar diera mi vida.....
Para admirar y amar no encuentro nada.

Y aun con más rara integridad moral, dice á su amante:

¡De mi ídolo el altar ya está deshecho!

Pero si no concibió por él vehemente pasion, es indudable que le amó con acendrada ternura. Pruébanlo bien el *cántico de gratitud A Dios* y *La pesca en el mar*, poesía deliciosa que es una de las que más me agradan. Desborda en ella un corazon que por primera vez henchía la felicidad, felicidad tardía, y por lo mismo gozada con mayor avidez; y no obstante, aquel corazon había aspirado inciensos de gloria copiosamente prodigados, sin romper jamás en semejantes efusiones de íntimo placer. La armonía incomparable de los versos, unida á estas consideraciones y al conocimiento previo de cuán efímera iba á ser aquella ventura, me conmueve con irreprimible enternecimiento cuando comienza aquel canto, *Yo á un marino le debo la vida*, que parece

acompañado por golpes de remo, gracias á la feliz combinacion de los tres versos cortos con que termina cada estrofa, rimados todos con la misma sílaba aguda.

Y cuando meses después, en agosto del mismo año, pierde al amado compañero, su dolor es tan grave como profundo, y la manera de expresarlo deja ver que todas las vicisitudes de la vida la encuentran á igual altura. La proximidad en fechas de la tristísima *Elegía I* y el canto de felicidad que antecede, sin mas intercalacion en el tomo que un pequeño romance ajeno á su persona, hace más punzante el contraste, moviendo el ánimo á infinita compasion. La *Elegía II* es quizás más bella que la anterior. La uncion de esta plegaria, su tono de melancólica resignacion, tienden algo al misticismo blando y sencillo que tanto agrada en algunos salmos de David. Con tres composiciones que vivirán y harán vivir por largo tiempo el nombre de Sabater, pagó á éste el corazon de Tula la breve, pero intensa dicha que la hizo gozar con su apasionado amor.

Sabater había muerto en Burdeos, después de sufrir en París dolorosa operacion quirúrgica, que presenció su esposa con el ánimo esforzado de que siempre dió muestras, y la desolada viuda se encerró durante algun tiempo en el convento de Loreto de aquella ciudad. donde escribió las elegías. Poco despues regresó á Madrid, y fué la novela *Guatimozín* lo primero que publicó.

Pasaron despues tres años sin que publicase obra alguna; mas aprovechó el tiempo y consoló sus dolores escribiendo un *Devocionario*, que se perdió en manos de los editores que lo habían adquirido, y corrigiendo la tragedia *Saúl*, que se representó en 1849; y en Octubre de 1850 dió á la escena el drama *Recaredo*.

Este hermoso drama deja brillar en toda su esplendidez, digámoslo así, la intolerancia mostrada por el cristianismo desde los primeros tiempos de su existencia oficial, pues dividida esta religion, no bien surgió á la vida, en sectas infinitas, comenzó en seguida que tuvo fuerzas para ello, la insensata tarea de desgarrarse sus propias carnes, sin dar pausa á tan frenéticos excesos hasta que la creciente extenuacion de su vasto organismo, le hizo comprender que el mundo veía ya sus descarnados huesos, invadidos por devoradora caries.

La intransigencia religiosa no ha tenido jamás refugio tan bello y elevado como el corazon de la interesante princesa sueva, de la hermosa Bada, cuya firmeza y dignidad de carácter la colocan junto á Recaredo, sin que aparezca oscurecida por el rey visigodo, resplandeciente con la doble gloria de guerrero victorioso y de reformador por todos aceptado.

Algun favor dispensa la autora al último, suponiendo que perdonó la vida al traidor Agrimundo; lo cual demuestra, por lo menos, que era más inclinada á conceder que á cercenar méritos; y bien puede disimularse aquella atenuacion, recayendo en un soberano que no dejó otra muestra de severo rigor en todo su reinado.

La trama de la obra es complicada y está muy bien urdida. La exposicion, como otras muchas de la Avellaneda, va tan incluida en la accion, que no se advierte. Hay situaciones interesantísimas, como la del acto segundo—lleno todo él de movimiento y de pasion—en que Bada, queriendo salvar al que toma por Agrimundo, delata á éste ante Recaredo; si bien es preciso reconocer que esta escena adolece de inverosimilitud, pues parece extraño que Bada llegase hasta la cámara del rey, sin saberlo y para advertir á Agrimundo el peligro que corría su vida, precisamente por la conspiracion que éste llevaba á efecto contra Recaredo.

Parte del soliloquio de Agrimundo en la anterior escena pudo suprimirse dejándolo reducido á los dos primeros versos, pues ya que la necesidad haga admitir algunas veces el contrasentido de hablar sola una persona, que sea lo menos posible y que nunca parezca le da cuenta al espectador de sucesos que forman parte del drama. Tula poseía el buen gusto y el tacto consumado de evitar mucho tan chocante defecto, y sus monólogos pueden pasar en la mayor parte de los casos, por lo que se quiere aparentar con ellos, es decir, por cavilaciones internas.

La versificacion, en variedad de metros, es muy bella, advirtiéndose alguno que otro verso malo, casi siempre por la acentuacion prosódica, y es de lamentarse que hayan caido esas manchas en algunos de los mejores trozos.

Encuéntranse pasajes entre Recaredo y Bada, patéticos en sumo

grado; y el drama concluye dignamente, con arranques del más vivo entusiasmo religioso y guerrero, en consonancia con el hecho histórico que le presta asunto.

A principios de 1851 apareció la segunda coleccion de poesias, en que se incluyeron todas las de la anterior. Repasadas las nuevas, apenas encuentro alguna que no merezca elogio en uno ú otro sentido; pero sería cansar demasiado á los lectores el hacer tan larga enumeracion y prolijo exámen. Sin embargo, me parece que, escogiendo un término medio, debo hacer mencion de algunas, con tanto más motivo cuanto que las composiciones líricas son siempre las más subjetivas. Procuraré ser muy breve.

En la bellísima *Despedida* llama la atencion que después de sus triunfos escénicos, muestre tan amargo desencanto de la gloria, idea que se encuentra repetida en *El viajero americano* y en otras varias.

La noche de insomnio y el alba es fantástica pirámide, cuyo punto culminante, formado por versos de dos sílabas, se nos aparece entre celajes de la noche, y cuando los esplendores del sol bañan ya todo el monumento, llegamos á su ancha basa extendida en versos de diez y seis sílabas. Este gracioso capricho, en el que ha usado todas las medidas poéticas comprendidas entre las dos mencionadas, revela su facilidad para vencer dificultades métricas. Aparte de esto, hay en la composicion tanta brillantez de colorido y tan grata armonía, que el lector se siente arrastrado por la inspiracion de la artista.

Más que versos, es música deliciosa *El genio de la melancolía*, en que usa nuevo y muy lindo metro. Siempre que inventa alguno, lo hace con suma felicidad, como si en aquellas melodías propias le fuese más fácil cantar con perfeccion.

Admirable facultad para apropiarse todos los tonos demuestra en el *Miserere*. ¿Quién no siente en muchas expresiones de esta paráfrasis la grandeza semi-bárbara del pueblo hebreo?

Las composiciones de esta índole se hacen cada vez más frecuentes. Su alma, atribulada por el dolor, buscaba consuelos en la religion, De espíritu naturalmente elevado y de complexion artística por excelencia, sentíase siempre atraida por lo que se le presen-

taba más grande, ménos comun, más ideal y poético. Esto determinó sus primeros pasos hácia el misticismo en que se eclipsaron sus últimos años.

Apenas notada esta nueva tendencia de su genio, parece que le llovieron indiscretas peticiones. Es de lamentarse la importunidad poco respetuosa que el público ejerce con los escritores, y más encarnizadamente con los poetas, proponiéndoles temas mezquinos, ó siquiera forzados. Débense á veces á estos compromisos producciones bonitas ó ingeniosas, á veces tambien han dado ocasion á obras de mérito; pero lo general es que valgan poco las composiciones arrancadas de tan triste manera. Y esto al cabo no sería más que pérdidas de tiempo; pero otra pérdida más considerable viene en pos de aquellas, y es que, acostumbrándose la mente á la pobreza de concepciones á que se la arrastra, va cayendo poco á poco en crónica incapacidad para levantarse á más altos pensamientos. Tula salía bien de estas empresas, como lo prueba en *San Pedro libertado*, porque ella veneía todas las dificultades; pero ¿donde se advierte en esa composicion el fuego ó la grandeza con que trata los asuntos que ella escoge? Lo mismo sucedió en *La aurora del 8 de Setiembre*. Felizmente, el canto parecía vagar siempre en sus labios, y se exhaló con agradable facilidad,

En cambio el *Cántico* es imitacion muy feliz de varios salmos, exornada á la moderna con algunos conocimientos científicos, olvidados en la revelacion; y por último llegamos á *La Cruz*, una de sus más famosas obras.

Este himno ardiente le ha valido el título de *cantora de la Cruz*, justificado ampliamente por la belleza excepcional de los versos, que corren, encendidos por el entusiasmo, como raudal de fuego, arrollando á su paso —al ménos mientras dura la imponente erupcion—cuantas objeciones intenta oponer la razon de personas colocadas en otro punto de vista filosófico. Los cuatro versos primeros asombran por su arroganeia; pero todo lo que sigue fuerza á reconocerla bien fundada. La gravedad de las estrofas endecasílabas con un solo verso quebrado, de artístico efecto, armoniza perfectamente con el asunto; y cuando el ardor del canto llega á su más alto grado, la eminente artista pasa á un tono más agudo en versos de nueve silabas, que vibran con in-

tensísima pasion. Esta poesía fué leida por su autora en el Liceo de Madrid, y el aplauso que obtuvo resonó y fué repetido en toda la Europa y en toda la América.

Es donosísima la *Sátira* contra los críticos improvisados, de los que acaso había sido víctima alguna vez ella misma, y de quienes lo fué ciertamente más tarde.

Por lo que dice en la nota que llevan al pié los primeros lindos versos dedicados á Zorrilla, puede graduarse cuán descontentatizada era respecto á sus propias obras. Se me ha referido por persona veraz que habiendo leído Tula uno de sus dramas—*Baltasar*, si no me engaña la memoria—á varios escritores reunidos con objeto de juzgarlo, como Bretón le hiciese pequeña advertencia sobre algún verso ó pasaje de un acto, hizo éste pedazos con la mayor indiferencia y luego escribió otro. Esto puede llamarse esplendidez literaria.

El sentimiento que expresan los versos á que me estoy refiriendo y que da la medida de su alma, se encuentra repetido varias veces en sus obras, y siempre con asombrosa belleza y energía, prueba de que no era ficticio. Existía en ella realmente anhelosa aspiracion á lo infinito, á lo imposible, y caía en indecibles desalientos al hallarse presa en las estrecheces de la realidad.

Adios á la lira, imitacion de Lamartine, es un precioso, melancólico y dulce romance. Sentíase cansada, mas parecía conocer las fuerzas ocultas que aun guardaba. Hay tres redondillas que manifiestan bien la independencia y dignidad de su genio, y no resisto al deseo de copiarlas. La coleccion en que apareció este romance fué dedicada á la Reina, y no obstante, decía la poetisa á su lira con entera libertad:

Si conquistarte no supe
De eterno lauro guirnaldas,
Sobre tus cuerdas de oro
No dejo ninguna mancha.
Jamás cautiva te tuve
Al umbral de regia estancia,
Ni de ensañados partidos
Atizaste la venganza.

Libre como el pensamiento.
Y cual él altiva y casta,
Fuiste siempre un eco digno
De sus impresiones varias.

El último acento de mi arpa, que cierra aquella edicion, principia con lánguida tristeza, y es de muy bello efecto el himno entusiasta en que rompe á continuacion, ensalzando la célebre hermosura de Leocadia Zamora, que es bien seguro no arrancó jamás tan altos conceptos; á los que deberá el ser conocida por muchas generaciones.

En Enero de 1852 fué representado el drama *La verdad vence apariencias*, y cuando se imprimió por primera vez, declaró la autora en algunas líneas preliminares que, á pesar de haber tomado parte de su argumento del *Werner* de Byron, creía poder llamar suya sin el menor escrúpulo aquella obra, y bien puede confiarse en esta declaracion de quien daba por imitacion toda obra en que tomase algo de otro autor, por poco que fuese. Lo cierto es que ella no pudo nunca sujetar su genio á imitaciones exactas. Comenzaba imitando, traduciendo á veces, y bien pronto volaba con sus propias vigorosas alas. Este, entre otros, es un punto de semejanza que presentan su numen y el de Heredia.

El drama, aunque de asunto imaginario, tiene, como todos los suyos, histórico fondo, que, dándole más interés, presenta la accion con todos los accesorios de los sucesos públicos que acompañan en la vida real á los privados, influyendo en ellos más ó ménos. Así parecen sus personajes hombres y mujeres que se agitan en el mundo, y nunca figuras de carton movidas sobre una mesa, como sucede con harta frecuencia en el teatro. El argumento está sostenido por fuerte nudo, del que parten numerosos cabos; pero sin confundirse jamás uno con otro ni quedar suelto ninguno. El prólogo es de grande movimiento é interesantísimo. Cométese en él un asesinato, y sobre esto gira todo el drama.

No se reserva para efecto final el descubrimiento del asesino por el espectador; muy al contrario, éste comprende en el acto mismo quien es; y sin embargo, el interés no se debilita. Esa misma certi-

dumbre que se tiene, produce inexplicable ansiedad por la suerte de otro presunto reo, cuya inocencia parece cada vez más difícil de poner en claro. El tipo de Leonor es muy hermoso. Tiene rasgos de altiva franqueza (siempre muy notables en la autora, porque le eran propios) que ennobleeen mucho su carácter, y otros de generosa pasion y de fe en el digno jóven á quien ama, sospechado por todos, menos por ella, que llegan á lo sublime.

La verdad vence apariencias es un buen drama, que hubiera dado nombre á cualquier autor; pero siendo de la Avellaneda, no tuvo resonancia, porque en él bajaba un tanto de la altura en que se mantuviera hasta entonces, y siempre es esto de mal efecto. Síguese con interés el vuelo del ave en tanto que se remonta; pero cuando comienza á bajar, la mirada se distrae.

Mas aquel descenso, si es que puede llamarse así, no duró mucho. Vióseia con asombro subir de nuevo explorando distintos horizontes, y en Octubre del mismo año estrenó *La hija de las flores, ó Todos están locos*, otra obra selecta, pero en diverso género del que había adoptado antes; en el género cómico.

No puede imaginarse tipo más original, delicado y gracioso que el de Flora. Tiene mucha analogía con el de Yolanda en *La hija del rey René*, y el haber traducido Tula esta última pieza algunos años después, induce á creer que la conocía y que, enamorada de sus bellezas y singular argumento, quiso hacer otra parecida y creó la *Hija de las flores*, complaciéndose, como solía, en presentarse más dificultades que vencer, y dando mucha mayor extension á su obra. Las candorosas ingenuidades de amor que tanto poetizan á una y otra protagonista, y que en Yolanda nacen de la situacion especial de inocencia en que, por haber perdido la vista en la cuna, la ha colocado su padre para que ignore siempre su desgracia; y en Flora, del mismo estado de inocencia producido por el completo retiro en que siempre se la tuvo para ocultar su misterioso nacimiento; constituyen en la preciosa obrita francesa, su totalidad, y en la de Tula quedan reducidas á deleitoso episodio. La imitacion, pues, dado que la hubiera, sería parcial. Pero la autora, que tan escrupulosa es en este punto, nada dice de imitacion, ni cuando escribió su obra original ni cuando tradujo la francesa,

Respetando su silencio, será preciso admitir como pasmosa coincidencia la perfecta semejanza que se nota entre los caracteres de Yolanda y de Flora.

Todas las escenas en que ésta interviene son deliciosas, con el único lunar de aparecer en alguna más culta y aun instruida de lo que su especial situacion podia consentir. La poesía y belleza de su lenguaje no hubieran perdido, antes hubiesen ganado, evitando algunos giros é ideas impropios de la niña educada entre campesinos. En cuanto á los sentimientos expresados, la naturaleza misma habla por boca de la enamorada é inocente jóven.

Hay mucha maestría en hacer que la mayor parte de los personajes aparezcan locos ante los otros; y las situaciones que estas apariencias ocasionan, así como las exclamaciones que tal plaga de insensatez arranca al Conde y sobre todo al Barón, tienen infinita gracia cómica, pero nunca gracia chocarrera, sino la más delicada y fina.

El misterio que engendra tantos chistosos enredos, se aclara al fin para todos, menos para el Barón, que, no pudiendo comprender nada de lo que oye, y prevenido ya su espíritu, debe creer lo que expresa cuando exclama:

(¡Señor! ¿no habrá quien los ate?
¡Todos lo están. . . . . de remate!)

Todo lo que este personaje dice después hasta el fin de la pieza, demuestra con mucha gracia el efecto forzoso que le causa aquella reunion de locos, improvisando parentescos á más y mejor y acabando por meterle en la colada á él tambien, que, dando pruebas de ser el único á quien resta algún juicio, acepta su papel de abuelo de Flora, por no contradecir á tantos orates. De este modo, se ha evitado con mucho donaire el perdon rutinario y desairado, que en casos de seduccion, concede el padre á los culpables cuando llega el momento de la boda.

No falta en la comedia muy patético pasaje, bueno para suspender un instante la risa producida por todo lo demás y hacer que se vuelva á ella sin fatiga.

Aunque el jardinero Juan es personaje secundario, su carácter es muy propio y simpático. Todas sus palabras en la última escena son conmovedoras por su sencilla bondad, y hacen reir con los ojos humedecidos. El de Tomasa, su mujer, tambien está muy bien delineado.

«Por espacio de más de dos meses se estuvo repitiendo diariamente *La hija de las flores* en el teatro del Príncipe, sin que decayese un punto el favor que le dispensó constantemente el público.» Esto consignan los Editores de las obras de la Avellaneda en los apuntes biográficos puestos al frente de ellas.

Hacia el mismo tiempo se representó *Errores del corazon*, drama que ha sido desechado por ella, aunque el público lo acogió favorablemente. Igual suerte decretó contra *El donativo del diablo*, cuyo asunto es el mismo que el de su leyenda *La velada del helecho*. Tambien fué representada esa pieza, mas no se dice, como de la anterior, que obtuviese buen éxito.

En 1853 dió al teatro *La Aventurera*, imitacion libre de la comedia de Augier que lleva igual título.

Tan libre es, en efecto, la imitacion de la Avellaneda, que puede decirse ha hecho de la comedia francesa, no obstante ser ésta muy hermosa, lo que Víctor Hugo llamaba entre el *océano* de sus papeles un *tas de pierres*, es decir, un cuaderno de notas y pensamientos, un acopio de materiales, á los que ella agregó otros muchos, construyendo con todos nuevo y más perfecto edificio.

Su modo de ser rechazaba lo vulgar y lo pequeño. Los asuntos tomaban en su mente proporciones vastísimas, y el tono heróico venía naturalmente á los labios de aquellas figuras agigantadas, que debian expresar sentimientos llevados á los últimos límites de grandeza que á los humanos les es dado alcanzar.

Hasta el pensamiento capital es distinto en una y otra obra. Propúsose manifestar Augier que no hay regeneracion posible para la mujer que ha manchado ante el público su honra, pues la sociedad de los buenos, cruelmente celosa de sus fueros, se niega con inexorable dureza á sentar el mal precedente de admitir un miembro que no lleve muy limpia patente. La Avellaneda amplía mucho esta idea, añadiendo á esa terrible severidad la injusticia social, que absuelve el liberti-

naje del hombre, dejando á salvo su honor, al paso que es inflexible con la mujer, á quien hunde más y más en la degradacion, al negarle todo miramiento desde el instante en que flaquea su virtud—no importa por qué circunstancias—en el punto único á que se ha hecho converger su conducta moral entera.

El tipo de Augier es acaso más verdadero; su aventurera lo es hasta el fin; todo lo más que alcanza de los que la rodean es un movimiento de compasion casi humillante, que ella acepta y hasta agradece. La de Tula es más bien una de esas víctimas que la miseria y la orfandad preparan, y que la perversidad de otros lleva al sacrificio. Así puede elevarse por grados, hasta llegar á tal grandeza moral, que empequeñece á cuantos la cercan y les obliga á admirarla.

Natalia, la protagonista española, se siente subyugada por una accion verdaderamente grande y viril. Por primera vez en su vida, reconoce que existe un hombre superior que la domina, en vez de arrastrar delante de su hermosura sensuales debilidades; y el amor nace al mismo tiempo que la admiracion en el alma de la mujer que hasta entonces sólo habia conocido el disfraz vergonzoso de aquella noble pasion. La protagonista francesa experimenta la misma rehabilitacion moral; pero es merced al temor que le inspira un arrebato indigno. A fuer de dama, conoce mejor la Avellaneda lo que á su sexo deslumbra y arrebata, y coloca á éste en la altura que le corresponde.

El carácter de D. Julian, simple hasta la ridiculez, se aparta mucho tambien del modelo francés, acaso por haberle parecido á la imitadora más verosímil en semejante indivíduo su tardía é insensata pasion; pero exigencias de la comedia hacen que el extravagante viejo tome, llegado el caso, aire tal de dignidad y entereza, que le convierte, aunque momentáneamente, en otro hombre; inconsecuencia con que no tropieza Augier, quien desde luego da á su personaje la seriedad requerida para la interesante escena que ha de venir despues; y en verdad que no es extraño ver ancianos, graves en toda su conducta, que en punto á amores, sean víctimas de increibles aberraciones.

En cambio, sostiénese más en la obra española que en la francesa el carácter del infame acompañante de la aventurera, y es de advertir

que en aquella se ha tenido la buena idea de no hacerle verdadero, sino supuesto hermano de la mujer á quien explota. El falso Marqués de la Avellaneda es en todos los momentos el miserable traficante que se impone brutalmente á la víctima cogida en sus redes, lo cual da lugar á la magnífica escena última del primer acto, que deja perfectamente presentados á Natalia y al Marqués; mientras que el hermano de Clorinda es al principio una especie de idiota, que por comer, la ayuda en sus intrigas, y sufre que ella lo trate con el pié, á trueque de algunas chocarreras bromas; y solamente al final se muestra exigente y opresor.

Eduardo tambien aventaja á su homólogo Fabricio. Hay alguna más nobleza en los medios que usa para apartar á su padre del propósito de unirse á la aventurera; y el amor que se despierta en él por la misma mujer, á quien primero desprecia y piensa despues odiar, trae escenas de grande interés, especialmente la octava del último acto, en que la emocion producida llega á hacerse irreprimible. Con tanta habilidad está hecho el estudio del amor que va ganando poco á poco el corazon de un hombre, contra toda la voluntad de éste, y que llega á tomar las proporciones de ardiente pasion antes de que sea sospechada su existencia por quien lo lleva en sí, que me recuerda el magistral hecho por D. Juan Valera en el enamorado inconsciente de *Pepita Jimenez*.

Las escenas más hermosas de la obra francesa, aquellas que contienen su pensamiento generador, se han conservado sin grande alteracion. Tales, por ejemplo, las dos en que Clorinda sufre, primero, los desprecios de Celia y despues la terrible violencia de Fabricio, quienes no pueden admitir que ella llegue á mancillar el tálamo de la madre que perdieron.

Para encarecer el mérito de *La Aventurera*, bastaría quizás decir que mereció precioso artículo de muy altos encomios al Sr. Romero Ortiz, cuyo carácter excéntrico le hacia no solamente parquísimo en elogios, sino además un tanto descortés, hasta tratando con señoras distinguidas. Cuéntase en corroboracion de ésto, que la princesa Rattazzi, á quien todos se afanaban por obsequiar en Madrid, y que no se molestaba mucho por recibir con iguales demostraciones á sus hués-

pedes; visitaba y agasajaba á su vez á Romero Ortiz, para obtener de aquella serena indiferencia algunas breves respuestas.

En Febrero de 1855 se representó por primera vez *La hija del rey René*, piececita arreglada del francés, como ya he dicho, y puesta en verso. Pero ¡qué versos! los únicos que podían esmaltar con diáfanos matices el finísimo dibujo de tan primorosa miniatura. Esta obrita es comparable, por la perfeccion absoluta, ó casi absoluta de la forma, á una linda perla antes de ser horadada.

Con ser tan pequeña, puede satisfacer á todos los gustos. ¿Le agrada á alguno lo patético? El excelente René, el mejor de los padres y de los reyes, hará asomar muchas veces las lágrimas á sus ojos. ¿Prefiere otro los chistes? El supersticioso Lotario le hará reir con sus pueriles temores en medio de los lances más tiernos é interesantes. ¿Quisieran los enamorados presenciar trasportes de pasion? El jóven Príncipe ama á Yolanda con amor de poeta. Y si algun descontentadizo deseare encontrar reunidos en un solo ser gracia, ingenio, ternura, inocencia, belleza y amor, que contemple á la encantadora Yolanda, y volverá á creer en todo lo que de niño creyó: en todo lo bueno y en todo lo bello.

Mas tornemos al mundo, donde todo no es bello ni bueno, y siguiendo paso á paso la vida de la poetisa, encontraremos en ella amarga decepcion.

Instada por varios distinguidos Académicos, que le tributaban ferviente admiracion y la amaban con íntimo afecto, presentóse aspirante, no sin haber opuesto antes graves reparos, al sillon que habia vacado en la Real Academia de la Lengua por muerte de D. Juan Nicasio Gallego. Compromisos políticos favorecian á otro candidato, quien ofreció galantemente á la ilustre dama retirarse de la liza. Hubo intrigas y disgustos, y la asamblea decretó absoluta proscripcion contra el bello sexo, reconociendo, no obstante, los relevantes méritos de quien ante ella lo representaba en aquellos momentos.

Sin la insistencia de sus amigos, quizás nunca se hubiera ocurrido á la Avellaneda hacer semejante demanda, porque su orgullo mismo le vedaba exponerse á un desaire; pero una vez formulada, instóla el desalabro con toda la fuerza de que era susceptible su exaltado tem-

peramento. La sangre de Munio Alfonso y de doña Beatriz de Avellaneda no había perdido en la mujer poeta su antiguo vigor.

Tomó colérica la pluma y escribió *Los oráculos de Talía*, sátira acerba contra viles palaciegos y atrevidos criticastros; y además una série de artículos bajo el título general *La Mujer*. La comedia fué mal recibida; tratóla con rigor la crítica. Esto aumentó el no aplacado enojo de la escritora, y dió su obra á la prensa sin hacerle correccion alguna, ella, que corregía y refundía todas las suyas, aun las más ensalzadas; y, no contenta con esta demostracion de orgullo, púsole al frente un prólogo mordaz y altanero en sumo grado, devolviendo con acritud, mal disimulada bajo fina ironía, la censura que con ella se ensañaba. Sirvan los siguientes versos para muestra de las buenas cosas que en la comedia se dicen:

Valentin . . . . . .

Lo encontrará si recuerda
Que hay ignorancia atrevida,
Que ciega juzgue y decida,
Pedantesca ladre y muerda.
Que hay envidia, que al ruido
Se irrita de justa fama;
Que—aunque á rastro—se encarama
Sobre el cieno, que es su nido,
Y desde allí ronca chilla
Mostrando su afán cruel,
Y escupiendo sucia hiel
En lo que más se alza y brilla.
Si no olvida, en fin . . . . . ¡que hay pitos
A peseta el centenar! . . . . . .
Y que hay hombres muy peritos
En la ciencia . . . . . de silbar.
Yo pintárselos pudiera
Con sus pelos y señales;
Mas trazar retratos tales
Del pincel deshonra fuera.

Y los pobres..... á mi ver
Avergonzarlos no es justo,
El meter ruido es un gusto,
Y ellos..... ¿qué ruido han de hacer?

Valenzuela. Y al águila—que del cielo
Mide espacios infinitos—
¿Qué le importan los mosquitos
Que están zumbando en el suelo?

Los cortesanos salían peor librados que los críticos, y se comprende fácilmente que la obra debía por fuerza desagradar á muchos que en ella se verían retratados. Además, otra parte del público escucharía con repugnancia el tono insolente usado por la reina.

Siendo Valenzuela lo mejorcito de la caterva que se agitaba en torno de Mariana de Austria, para él son las simpatías, y el espectador se alegra de verle triunfar; pero sin desconocer que ninguna grande accion por parte suya justifica los extraordinarios honores que recibe; de modo que éstos vienen á ser bofetadas que se dan á los demás en uso de un derecho absurdo. Y en verdad que de esto no es responsable la autora, porque así pasaban las cosas entre monarcas absolutos, y así pasarán miéntras los haya. Su falta estuvo en escoger tan antipáticos personajes (antipáticos históricamente considerados, porque ni Mariana de Austria ni su ministro Valenzuela dejaron gratas memorias en España) y presentarlos como buenos.

Tambien debemos reconocer que en el teatro español hay muchas comedias como ésta, ingeniosas y divertidas; y la Avellaneda tenía acostumbrado al público madrileño á las magnificencias de sus dramas trágicos y á las delicadezas de *La Hija de las flores* y *La Hija del rey René*. Por otra parte, la obra se alarga demasiado. Ninguna de sus tragedias alcanzó tal extension. Cinco actos nada cortos de intrigas palaciegas, acaban por cansar, sin que sean óbice para ello, la buena disposicion del plan, los infinitos chistes y grandes verdades que contiene la obra, ni los lindos versos que la decoran.

Tampoco estuvo muy feliz, á mi juicio, en sus cuatro artículos sobre la mujer. Considérala en el primero *respecto al sentimiento y á la*

importancia que él le ha asignado en los anales de la religion. Entre los varios argumentos que aduce para defender su tésis, encuéntrase éste, que ciertamente es ingenioso y tiene gracia: «Notad tambien que Adán delinquió con Eva, y con ella produjo descendencia corrompida; pero María *venció* sola, y—sin intervencion de ningun Adan—produjo descendencia divina.»

Todo el primer artículo está basado en datos tan sólidos poco mas o ménos como ese. Aparte de esto, la defensa de la mujer en el concepto de religiosa y sensible, es inútil, pues que nadie le niega tales preeminencias, harto funestas para ella, y aun para la humanidad.

Pero ni siquiera en este terreno deja bien puesto el honor de la mujer su apasionada panegírista, por que en el segundo artículo, al estudiar á aquella *respecto á las cualidades de carácter, de que se derivan el valor y el patriotismo*, dice que «los más gloriosos hechos han sido siempre obra del sentimiento,» palabras contraproducentes, por que en ese caso tienen las mujeres que ceder á los hombres la primacía hasta en el sentimiento, ya que ellos, en mayoría abrumadora, han realizado esos hechos. La verdad es que la educacion especial de la mujer ha introducido en su manera de sentir elementos falsos, que han hecho degenerar el sentimiento en sentimentalismo, los afectos, casi en manías; al paso que las cualidades afectivas del hombre, se han fortalecido y depurado. La autora reconoce más adelante la desventaja en que, por mala direccion, se encuentra la mujer aun respecto al sentimiento, y no obstante, continúa su demostracion, sin advertir que ella misma la ha debilitado.

Y aun va más allá. En el artículo tercero, consagrado á poner de manifiesto la capacidad que tiene su defendida *para el gobierno de los pueblos y la administracion de los intereses públicos*, se compromete á probar, no ya la igualdad de los dos sexos, sino la *superioridad* del suyo. Veremos cómo sale de su empresa. Yo confieso haber prejuzgado que saldría mal. Sería preciso, en efecto, que la mujer contase con una superioridad inmensa sobre el hombre, para contrapesar siquiera la desventaja, tambien inmensa, en que la sociedad la coloca; y no hago cuenta de la inferioridad física, que no puede negarse y que es muy decisiva.

Si el poder de la fuerza, que va perdiendo terreno ante el poder

de la inteligencia, llega á ser supeditado, y si se imprime á la mujer direccion más acertada, trasformándola de todo en todo; pues tal como se encuentra hoy, ni su cerebro ni su corazon pueden ser garantías de sensatez ni, por tanto, del bienestar y felicidad que aquella condicion engendra; entónces únicamente será dado á la mujer rivalizar con el hombre; pero ni aun entonces podrá aspirar á superarlo, si no es que, para aquella remota época, hayan trocado radicalmente sus respectivas condiciones.

Leido el artículo tercero, vemos con asombro y placer que la escritora sale perfectamente de su empeño, convenciendo al lector, que se inclina ante la buena lógica empleada. Y sin embargo, lo que afirma no es, no puede ser exacto. ¿En qué consiste, pues, esta aparente contradiccion? ¿Consistirá en que la autora ha dado brillantez al cuadro, bañándola con la luz de su genio? Cierto es que el hombre no puede recoger el guante que ella le arroja para que presente, entre cien, cincuenta reyes dignos del respeto de la posteridad, y que ella podría presentar cinco reinas, entre diez que lo hayan sido por derecho propio, que merezcan ese aprecio; pero sabido es que en esa clase de cálculos es preciso operar sobre grandes cantidades; porque, pudiendo la casualidad favorecer ó perjudicar en cantidades exiguas, no se obtiene con ellas un conocimiento exacto ó siquiera muy aproximado á la verdad. Cincuenta reyes buenos entre ciento, sería ya un número, si no suficiente, bastante considerable por lo menos, para inducir á creer que el tipo *rey* está equilibrado en indivíduos aceptables y no aceptables; pero cinco reinas buenas entre diez, aunque la proporcion sea la misma, es decir, de mitad, no bastan para atestar con igual fuerza en pro del tipo *reina*. Cierto tambien que una sola reina ilustre bastaría para probar la capacidad orgánica de su sexo para intervenir en los intereses públicos; pero queda siempre en pié el verdadero escollo, el escollo de la educacion monjil que recibe la generalidad de las mujeres.

Y hé aquí que estas palabras nos hacen dar de improviso con la clave de la anomalía que nos chocó al ver probado que la mujer brille con verdaderos títulos de gloria, precisamente en el puesto más erizado de dificultades; en el solio. Es que las mujeres nacidas en camino del

trono, se encuentran en un medio apropiado para adquirir los conocimientos que en aquel puesto han de necesitar, y si las cualidades naturales coadyuvan al efecto, nada les falta para mostrarse dignas de gobernar á los pueblos.

El cuarto y último artículo considera á la mujer *particularmente en su capacidad científica, artística y literaria*, y contiene párrafos que rebosan la hiel de personales resentimientos.

Deploro que haya caido Tula en la vulgaridad de abogar por su sexo aduciendo algunos ejemplos excepcionales que, si agrupados parecen muchos, diseminados, como realmente lo están, en el vasto océano de la gloria masculina, redúcense á cantidad harto insignificante.

Con mayor fuerza de lógica y desdeñando presentar un solo ejemplo mientras la mujer se encuentre en tan malas condiciones, han argumentado en favor suyo Mlle. *** en su extensa obra *La mujer en el siglo* XIX, y la señora Arenal en su libro *La mujer del porvenir*. Ambas escritoras, apoyándose en datos estadísticos, especialmente la francesa, que los presenta numerosísimos, piden justicia para la mujer, no ya con objeto de que brille, sino de que *viva*, y aplazan prudentemente para cuando la haya obtenido en la cuestion primordial de la subsistencia, y para cuando se la admita sin restricciones en colegios y universidades, el fallo que deba pronunciarse respecto á sus diversas aptitudes.

La Avellaneda estaba profundamente herida cuando escribió esos artículos, y al hacerlo olvidó que sus grandes servicios á la causa de la mujer los prestaba escribiendo el *Baltasar*, el *Munio Alfonso*, *Dolores* y *Espatolino*, porque son esas obras concluyentes pruebas contra el poco equitativo espíritu de la Real Academia de la Lengua y de la sociedad en general.

Oportunamente para distraerla de tan desagradables ideas, ocurrió en su vida cambio feliz. Cerca de nueve años de viudez llevaba, cuando celebró segundas nupcias, en ese mismo año de 55, tan agitado para ella, con el Coronel D. Domingo Verdugo Massieu, ayudante de campo del rey, gentil-hombre de cámara y diputado á Córtes. Esta boda fué apadrinada por Isabel II y su consorte Francisco de Asís.

Verdugo perdió sus cargos en palacio á la caida del gabinete

O'Donnell, el año siguiente. Estaba aquél afiliado en el partido de Union Liberal, y la Avellaneda, que siempre se mantuviera extraña á la política, hallóse envuelta en ella, merced á la solidaridad establecida por el público entre el marido y la mujer; y algunas de sus obras posteriores fueron juzgadas con apasionamientos ajenos á la literatura. Tal sucedió con *La Sonámbula* y *Tres Amores*, comedias representadas en 1858 y recibidas con tan señaladas muestras de hostilidad, que su autora las retiró de la escena y aún intentó quemarlas.

El mal éxito de *La Sonámbula* debe juzgarse que fue merecido, porque la Avellaneda lo confirmó olvidándola por completo; pero *Tres Amores* es una lindísima comedia, escrita en selecta prosa, llena de situaciones interesantes y conmovedoras, y cuyo pensamiento filosófico: la insuficiencia de la gloria, las riquezas y los blasones para hacer la felicidad, porque ésta sólo se deriva de los puros efectos del alma; se desarrolla perfectamente y con entera claridad desde el principio hasta el fin.

Puede notarse como impropiedad el lenguaje casi siempre florido de Antonio, en contradicción de lo que á cada paso se dice acerca de su rusticidad; y como inverosimilitudes, la ocultacion del legítimo nacimiento de Matilde, su alejamiento del hogar paterno y la idea de ponerla en conventual reclusion; consecuencia todo ello de un matrimonio celebrado en secreto para no lastimar en sus preocupaciones nobiliarias á un hermano, cuyos bienes no necesitaba para nada la mujer que asi le sacrificada sus afectos más legítimos y su felicidad.

Pero estas pequeñas faltas no pueden determinar el fracaso de una comedia; y debemos admitir que se debió á malquerencias que por entónces perseguían á la autora y que ella exacerbaba con los insultos que había dirigido á una parte del público madrileño en *Los oráculos de Talía* y con la altiva satisfaccion de su propio valer que mostraba en *Tres Amores*.

Porque no puede dudarse que toda esta comedia es de recuerdos personales. Los febriles anhelos de gloria en el alma de la jóven poetisa; sus deslumbramientos de amor por un poeta célebre; su salida de la casa paterna; su llegada á la córte; su primer triunfo escénico; el entusiasmo público, borrando las divisiones de los bandos teatrales

para aclamarla en masa; hasta la frase de *Melpómene castellana* que se le aplicó, y su desencanto de la gloria, apenas obtenida; todo hace ver con la mayor trasparencia que Matilde y la Avellaneda son una misma persona. Y en la tierna solicitud, en la abnegacion sublime de Antonio con respecto á la que llama su hermana, en la efusion con que hace suyos los triunfos de aquélla, en este excelente corazon, me parece que rinde Tula tributo de afectuosa gratitud á su hermano Manuel, que la acompañó en su peregrinacion hasta Madrid y que fué siempre su confidente literario, á juzgar por algunas dedicatorias y notas que se encuentran en sus obras.

La crítica avanzó la idea de que parecía haber comenzado la decadencia de la Avellaneda, y la envidia extremó el recelo.

Dije antes que se distrae la mirada que sigue la ascension de un pájaro, cuando comienza el descenso. Esto no es absoluto. Me olvidé de los cazadores, á cuyos ojos tiene más interés la bajada. Pues bien, en el campo literario andan muchos á caza de descensos para lanzar sus tiros, con tanta más fruicion, cuanto el mayor alejamiento que ha alcanzado la presa, les ha hecho considerar como más difícil el llegar á herirla.

Pero Tula era águila que sacudía muy pronto los perdigones caídos en sus alas, y, excitada por el ataque, se lanzaba á mayores alturas Pasado apénas un mes, presentóse con una tragedia oriental, con *Baltasar*. Dicen sus biógrafos que se le suscitaron grandes dificultades para ponerla en escena con el aparato debido á su argumento y á su importancia; mas representóse por último en Abril de 1858.

Mucho tiempo ha vacilado mi ánimo—al querer dar la preferencia á una de las dos obras maestras de la Avellaneda—entre la majestad severa á par que sencilla del *Munio Alfonso* y la grandiosa amplitud del *Baltasar*. Aparece Munio á mi espíritu como un héroe de gigantesca figura, de aspecto semi-bárbaro, de imponente grandeza; en torno del cual se agitan, dominados por aquella irresistible superioridad, otros séres de talla común, armónica y bellamente conformados. Pero en la tragedia *Baltasar*, lo más grande, con serlo mucho, no es el protagonista, sino el conjunto de esa creación que, como la famosa torre babilónica, se levanta soberbia con su recóndito simbolismo

de humanos pecados, y providencial castigo; embellecida con adornos á la moderna; envuelta, como en trasparente velo, por nubes de incienso y mirra, que se escapan de su interior, lleno también de armonías, y van á perderse allá en las ignoradas regiones á donde remonta siempre el misticismo sus vaporosas alas. El espíritu profundamente religioso de los antiguos tiempos, y la hermosura plástica en que la autora cristiana ha modelado su obra, encuentran natural enlace en la pasión de todas las épocas y de todos los pueblos: en el amor, con sus varias manifestaciones de abnegacion, de heroismo, de celos y de venganza.

Baltasar descuella sobre cuantos le cercan, por el desolado excepticismo que con implacable encarnizamiento le emponzoña las fuentes de todos los goces y de todos los afectos, sumiéndole en incurable tédio por la saciedad misma de su oriental opulencia y de su despótico poder, que no le dejan nada absolutamente que desear. Así, aquella primera palabra—«*¡Basta!*»—que aislada brota de sus lábios, y con la cual rechaza los gastados placeres que se le brindan, descubre con un sólo rasgo el vacío inmenso en que desfallece el corazon de aquel ser, á quien nada se niega. La felicidad lo está matando; y es grande Baltasar porque, léjos de encenagarse en la dicha fácil y vulgar que se arrastra á sus piés, la pisa desdeñoso y colérico. Pero su talla no aparece colosal, como la de Munio, porque junto á él se irguen otras figuras sublimadas por la fé, por el amor, por el sacrificio, por la excelsitud moral, en una palabra; y aunque no alcancen el nivel en que coloca á Baltasar su—casi hasta el fin—indómita soberbia, tampoco resultan empequeñecidas.

Los términos de comparacion que rodean á uno y á otro, favorecen indudablemente á Munio, haciendo que se le contemple á prodigiosa altura sobre los demás; pero, aparte de esta circunstancia extrínseca, supera realmente al rey babilonio por la firmeza de su cualidad distintiva, de aquel honor salvaje, que levanta su ánimo, tras momentáneo trastorno, y sostiene tranquila su conciencia despues del espantoso crímen cometido en una hija inocente. El trágico suceso queda reducido á doloroso episodio en la vida del inflexible guerrero, y, poseido el ánimo de respetuosa admiracion, se le ve disponerse á continuar

su carrera de triunfos en holocausto de los dos objetos señalados al honor en la Edad Media como únicos dignos de culto: la cruz y el trono. Por eso, despues de la catástrofe, es cuando se destaca el héroe en la plenitud de su bárbara grandeza.

El rey descreido brilla, por el contrario, en todo su siniestro esplendor al presentarse arrogante con su desprecio hácia el mundo entero, que juzga envilecido, y con su negacion absoluta del Dios que él no puede reconocer en las imperfectas obras que se le dice dan testimonio de su existencia. Esta es la razon de que el magnífico acto segundo, lleno desde el principio al fin con la presencia de Baltasar, de Baltasar ateo y cansado de la vida, sea el más bello y el más interesante de la obra. Pero aquel excepticismo, que constituye su carácter, se quebranta al fin; el titan aparece vencido física y moralmente, y aunque para esto se haya necesitado la intervencion directa del cielo, su hundimiento inspira lástima, sentimiento depresivo, muy distinto al que deja la entereza de Munio.

Pero como en una tragedia no lo es todo el protagonista, aunque me parezca más acabado el héroe castellano del siglo XII puesto en parangon con el monarca asirio, la grandeza de conjunto del *Baltasar*, de esa vasta concepcion en la que cada figura es un símbolo histórico, sin dejar por eso de vivir con todas las humanas pasiones, esa sorprendente versificacion, que es un contínuo fulgurar de ideas gráficamente expresadas, me han decidido al cabo por el drama oriental; y no solamente con respecto á todas las otras obras de la señora Avellaneda, sino tambien poniéndole en cotejo con todas las que conozco del Teatro español, pues en ninguna encuentro reunidas, como en ésta, las excelencias de tan extenso y bien coordinado plan, de tan profundo pensamiento filosófico (cualquiera que sea su punto de vista), de tan vivo interés dramático y de tan sóbria y brillante ejecucion.

La victoria fué completa; el triunfo ruidoso. En vez de la decadencia, señalóse el apojeo. Todas las frentes se inclinaron, todas las manos aplaudieron. Las bocas que no aclamaban, guardaron silencio.... No; me engaño. Hubo una boca que no guardó silencio ni aún en ese instante, y cuya insolencia fué harto funesta á la mujer que á todos vencía con la sola fuerza de su génio.

El caso que voy á referir es de toda veracidad, pues viene de la Avellaneda misma su revelacion. Los efectos que produjo fueron conocidos; pero quizás muchos ignoren la causa que tuvieron. La noche en que se estrenó *Baltasar*, preguntó la reina Isabel á uno de sus ministros qué le parecía la obra, y hubo éste de contestar con palabra tan insultante para la poetisa, que, habiéndolo sabido Verdugo, juró castigar la insolencia. Esto dió orígen pocos dias despues á un atentado escandaloso. En pleno dia y en medio de la calle fué gravemente herido el esposo de Tula, y aunque, pasados dos meses, salió de peligro, quedó lastimado en tal manera, que no pudo en lo adelante montar á caballo sin llevar una mano sobre la herida, y veíase obligado á correr siempre al galope, siéndole imposible sufrir otro paso de cabalgadura. Su muerte ocurrió cinco años despues, á resultas de aquel accidente.

El público de Madrid se apresuró á dar testimonio de simpatía á los agraviados esposos, y se ha consignado que el dia siguiente al suceso había ya inscritos más de 5.000 nombres en el libro de visitas; elocuente protesta contra las indignidades que se les habian hecho sufrir en aquellos dias de gloria.

Fué preciso viajar en busca de sitios balnearios que diesen vigor al herido, y los esposos marcharon á Francia, recorriendo los Pirineos desde Bayona á Perpiñan. Residieron despues por algunos meses en Barcelona y en Valencia, que rivalizaron en honrar á la poetisa con toda clase de grandes festejos. Pero el enfermo, entretanto, adelantaba poco; y como el General Serrano, que habia sido nombrado para el mando superior de Cuba, le propusiese traerlo á sus órdenes, fué aceptado el ofrecimiento, esperando que el clima de esta isla podría acaso operar la curacion que en otras partes no se había conseguido; y en noviembre de 1859 llegaron á la Habana.

Tula volvía coronada de inmarcesibles lauros á la pátria de que estuviera ausente más de veinte y tres años. La efusion de todos los corazones fué grande. Donde quiera que pisó, cayeron flores á sus plantas; en todas partes resonaron armonías para saludarla; en todas partes se aclamaba su nombre con júbilo y admiracion; en Puerto-Príncipe con orgullo; y á todas aquellas demostraciones de entusiasta afecto, respondía su lira con dulcísimas vibraciones.

A las cubanas dedicó la revista *Album de lo bueno y de lo bello*, y sus compatriotas cubrieron en el acto las listas de suscricion.

Por último, el 27 de enero de 1860, fué solemnemente coronada en el teatro Tacon de la Habana, y aquel extraordinario galardon, que ostentaba su frente antes que ninguna otra en América, arrancó acentos á su alma, que brotaron espontáneos y fueron pronunciados con trémula voz, en tanto que sus bellos ojos brillaban humedécidos por llanto de gozo y de ternura.

El honor de haber iniciado la coronacion de la Avellaneda corresponde al Sr. D. José Ramon de Betancourt, nacido tambien en el Camagüey y ventajosamente conocido en toda la Isla por su constante afán de enaltecer las glorias de la patria y de promover todo lo que pueda traer á ésta lustre ó bienestar.

Las dichas de Tula venian acibaradas la mayor parte de las veces; y muy pronto á las lágrimas de gozo que cayeran sobre el laurel ofrecido por sus hermanos, se mezclaron otras de pesar arrancadas por la muerte de su madre, de quien había tenido que separarse, dejándola en Madrid, por seguir al esposo enfermo; aunque la avanzada edad de aquella le inspirara serias inquietudes.

Durante su corta permanencia en la Habana escribió la obra titulada *Dolores*, que ella no llama novela ni leyenda, sino *páginas de una crónica de familia*. Estas páginas son las más hermosas que en prosa haya escrito la Avellaneda; y aunque á la sazon publicaba una revista literaria, regaló aquella inestimable joya al *Diario de la Marina*, rasgo digno de un príncipe de las letras.

La autora nos lleva á Valladolid y nos hace penetrar en la corte de D. Juan II. Aquella generacion, convertida ya en polvo, se levanta bulliciosa al conjuro del genio. Allí el monarca, amable y frívolo, sonriendo á todos; allí el ostentoso valido D. Alvaro de Luna, eclipsando á los más encumbrados; allí los orgullosos nobles castellanos, que sintiéndose pisados por aquel bastardo, de sangre no muy limpia, se revuelven furiosos queriendo aniquilarle; allí el pueblo con sus cuchicheos, atisbando cuanto hacen los grandes, para comentarlo, aplaudirlo, censurarlo é imitarlo en cuanto le sea dable.

Y allí tambien Dolores, la hija de D. Diego Gomez de Sandoval,

conde de Castro-Xeriz y de Dª Beatriz de Avellaneda; Dolores, cuya belleza casi ideal, está en perfecta armonía con la exquisita bondad de su alma pura y afectuosa; Dolores, que tiene la desgracia de amar á Rodrigo de Luna, sobrino del odiado valido. El rey protege á los tiernos enamorados y pide la mano de la joven. A tal demanda, que hecha por el rey, es casi una imposicion, sublévase la sangre de Dª Beatriz; y desde ese instante comienza tremendo drama doméstico entre la fiera castellana, dispuesta á inmolarlo todo, antes que ver empeñado el lustre de su casa, y la infinita ternura del Conde, que viendo á su hija enferma de tristeza, resuelve sacrificarlo todo á la felicidad de su amada Dolores, resistiendo por vez primera y, por lo mismo, con inmutable firmeza, á la voluntad de su esposa.

Esta parece resignarse, tiene secreta entrevista con el médico—de la cual percibimos palabras entrecortadas, que nos hacen estremecer—y entra algo despues en la estancia de la pobre niña doliente, á la que no había querido ver desde que se hizo el fatal descubrimiento de sus amorosas relaciones. Dolores se encontraba notablemente mejorada, gracias á las promesas de próxima felicidad que le hacía su buen padre. La Condesa ruega, amenaza con furor; pero Dolores no puede ceder, porque ama

La madre apaciigua su exaltacion, acércase por fin á la triste enferma, «la besa dos veces mientras sujeta bajo una cofia de encajes su riquísima melena. En seguida la sirve por sí misma la tisana preparada por el médico, y D. Diego puede observar—con agradable emocion—que dos gruesas lágrimas, desprendiéndose de los ojos de la madre, se mezclan con la medicina que apura dócilmente la hija.»

Un instante despues cae Dolores en somnolencia: su aspecto es tranquilizador; duerme sosegadamente.

Pero aquella misma noche se agrava su dolencia, y cuando el padre entra desatentado en la estancia preguntando por su hija,—«¡Está muerta!—responde la Condesa con acento sordo, pero con pronunciacion clara.» Y el dia siguiente, al romper el alba, cuando aún duermen todos en Valladolid, vemos pasar precipitadamente el entierro de la jóven que tres dias antes soñaba con las delicias del amor, sin más comitiva que algunos familiares de la casa de Castro-Xeriz y D. Juan de Avellaneda, hermano de la Condesa.

Pasan siete años, y en tan largo tiempo no ha salido Dª Bertriz de su castillo de Castro-Xeriz, inmediato á Burgos. Aislada del mundo, ni siquiera recibe á sus hijos, ni siquiera á su esposo. Aquel dolor tenaz y sombrío, aquella quizás voluntaria penitencia, comienza á inspirar respeto y hasta alguna compasion hacia la presunta criminal, víctima de su obcecado orgullo.

Entretanto, habían tomado los asuntos públicos alarmante giro. La faccion contraria á D. Alvaro de Luna hallábase en descubierto á los ojos del soberano, y se decretaban embargos de bienes, quitando sus castillos á lo nobles desafectos. D. Diego Gomez de Sandoval estaba comprometido en el movimiento, y juzgó prudente salir del reino, llevándose á su esposa, para no dejarla expuesta al ultraje de que la echasen del castillo.

Preséntase, pues, en éste, contraviniendo la formal prohibicion de la altiva castellana; pero ella se niega á acompañarle y únicamente le promete seguirle más tarde. Resentido y despechado, marchábase el Conde, cuando se le atraviesa en el camino una antigua dueña, próxima ya á la tumba, que había acompañado el entierro de Dolores y que, azorada por el miedo de ser sorprendida, le habla desordenadamente de remordimientos, de un secreto, de un crímen, de cómplices y de la pobrecita Dolores, mezclando á todo ello el nombre de doña Beatriz. ¿Qué quiere decir aquella especie de delirio? ¿Qué misterio horrible va á descubrir el angustiado padre? Por fin lo sabe. Su hija está viva y alienta en el mismo castillo en que él se halla. En aquel tremendo instante, aparece ante él la Condesa, y con imponente ademan, tranquila en su conciencia, le dice estas palabras:—¡«Está viva! ¡Está viva y con honra!—»

Tal es Dª Beatriz de Avellaneda. Su parentesco con Munio es evidente. Son dos colosos de orgullo—para valerme de la misma expresion que usa Tula—, y á fé que si uno de ellos ha de vencer al otro, no será la terrible hembra quien ceda la palma al heróico guerrero.

El Conde sube á la torre donde está su hija, y allí tiene lugar una escena que arranca lágrimas al más duro corazon. Dolores pide, y obtiene del alma de su excelente padre, deshecha en ternura y en admi-

racion por aquella criatura sublime, el perdon de todos los que han sido sus verdugos; el perdon para los que ya han muerto; perdon y beneficios para los que áun viven; perdon, respeto y amor para su madre, cuya intencion la justifica.

Espera ésta al Conde tranquila y austera, y solamente cuando se tienden á ella los brazos del esposo que perdona, cae de rodillas, bañada en lágrimas. Dª Beatriz puesta de rodillas, aquel corazon inquebrantable, conmovido tan hondamente, y firme siempre en su rectitud, tiene algo de solemne que impone la absolucion pronunciada por el Conde.

Rodrigo de Luna, creyendo que su amada había dejado de existir, consagróse á la Iglesia, y al saber esto Dolores, resolvió permanecer muerta para el mundo, y profesó humildemente en un convento.

Esta es la patética historia de Dolores, ésta la terrible historia de Dª Beatriz de Avellaneda; y todo eso está referido en breves, pero inmortales páginas, que pudieran compararse á dos grandes cuadros de asuntos consecutivos, uno de los cuales llevaría por título *la inmolacion* y el otro *la apoteosis*; porque Dolores pidiendo en aquella elevada torre, que parece aproximarla al cielo, el perdon de los que aniquilaron su amor, su felicidad, sus lazos de familia, su existencia para el mundo; aparece envuelta en resplandores de beatitud.

Dolores fué el último poderoso destello del genio de la Avellaneda, y si nada hubiese escrito ántes, aquella obrita la hubiera colocado instantáneamente en el pequeño grupo de los grandes escritores formado por todas las nacionalidades.

Esta obra, sin embargo, puede decirse que es un tesoro escondido. Nadie, que yo sepa, se ha ocupado de ella.

Despues de algunos meses de residencia en la Habana, dióse á Verdugo el gobierno de Cienfuegos, y para allá partió el matrimonio, habienda visitado ántes la poetisa su ciudad natal, donde recibió grandes homenajes. Matanzas y Sagua, visitadas tambien por ella, hicieron iguales demostraciones, y Cienfuegos, que concluyó por entónces un hermoso teatro, le dió el nombre de la célebre dramaturga cubana.

Trasladado Verdugo á Cárdenas, fueron allí popularísimos el ca-

balleroso y afable gobernante y la hija ilustre del país. La hermosa quinta que habitaban era el punto de reunion de la buena sociedad cardenense, y la ciudad guarda nobles recuerdos del mando de Verdugo en un vasto hospital que fundó y en una hermosa estátua de Colon, que fué la primera erigida en suelo americano al descubridor de esta parte del mundo.

En Cárdenas escribió Túla *El Artista Barquero*, que se dió al público en 1861.

Es ésta una novela de corte francés perteneciente á la época en que se escribió, con lo cual dicho está que es ingeniosa y amenísima; que abundan en ella singulares coincidencias, y son sus principales resortes afectos puros é ideales; condiciones que han conquistado universal favor á los novelistas franceses, porque en todos los pueblos hay jóvenes ardorosos que, consumiendo tesoros de sentimiento en sus fogosas pasiones, se complacen en ver reproducidos y poetizados sus febriles ensueños, sus profundas melancolías y sus inesperadas venturas, para hacer nuevos gastos de sensibilidad; y en todas partes tambien hay viejos que gustan de entretener sus largas soledades con divertidas historias de amores, que sus gastadas facultades y más gastada memoria les hacen considerar completamente inverosímiles.

Si á esas agradables cualidades, se añade el profundo talento de la Avellaneda para sorprender las más leves y recónditas impresiones del alma; para analizarlas con fino tacto, juzgarlas con seguro criterio y explicarlas con perfecta nitidez de estilo; si consideramos áun su extensa erudicion histórica que le permite presentar, animada con la vida del amor y de los placeres; deslumbrante con los explendores del lujo y los destellos de privilegiadas inteligencias; regocijada con maravillosas fiestas y galantes intrigas—de las que el disoluto monarca da el más descarado ejemplo—la corte que, más que de Luis XV, pudiera llamarse de la Marquesa de Pompadour; si además de la escritora agradable, de la observadora sagaz y la erudita en historia y literatura, encontramos á la poetisa cubana que, tras largos años de ausencia, describe á su pátria con entrañable afecto y entusiasta admiracion; tendremos en suma que *El Artista Barquero* es una obra parisiense por su exquisita gracia y su espiritual coquetería, á la que

se ha enlazado con primorosa habilidad un idilio de casto amor, en que un corazon de vírgen cubana y un corazon de artista sueñan y deliran unidos por inquebrantable simpatía; caen despues en la muerte de los celos y de la desesperacion; se levantan fortificados por el sacrificio, y exhalan por último el himno de felicidad y gratitud, que brota de sus juveniles labios como un hosanna de resurreccion.

Los trabajos literarios de la Avellaneda quedaron suspendidos por algun tiempo. Verdugo, cuya dolencia, lejos de ceder, iba minando su constitucion, fué trasladado al gobierno de Pinar del Rio, quizás con esperanzas de que un cambio de lugar restaurase algo sus fuerzas; mas todo fué infructuoso, y terminó sus dias el 28 de Octubre de 1863.

Esta desgracia, cuya causa original había sido el impulso generoso en que su marido le diera evidente prueba de afecto y consideracion, impresionó profundamente á la poetisa, y determinó la decadencia de aquel genio vigoroso. Sus padecimientos de nervios, que desde entónces la molestaron con mayor frecuencia, contribuyeron mucho á postrar sus facultades.

Volvió á la Habana, y su alma triste se abismaba cada vez más en el misticismo. Entónces regaló al santuario de Belen de esta capital, asistido por padres jesuitas, la corona de laurel que Cuba había puesto en su frente, como si con aquel acto quisiera manifestar que se desprendía de las pompas y vanidades mundanas; y tanto influjo adquirieron en su espíritu los sacerdotes nombrados, que, atendiendo á consejos que entónces la dieron, excluyó más tarde las novelas *Sab* y *Dos Mujeres* de la coleccion de sus obras.

Hubo más: quiso encerrarse en un convento; pero su hermano Manuel llegó á tiempo de Madrid para apartarla de aquel propósito, y ámbos hermanos se embarcaron en Mayo de 1864 para regresar á España, donde aún les quedaban algunos deudos.

Visitaron de paso los Estados Unidos; y á la vista del Niágara, recordó Tula que era poeta; pero más por pensar en el vate cubano que ántes lo habia cantado, que por arrancar sonidos á su enlutada lira.

La oda que allí compuso es hermosa; pero tiene por rival á la célebre que ha inmortalizado á Heredia, y queda completamente eclipsada

al sólo recuerdo de aquel foco ardentísimo de arrebatada inspiracion. Leidas una en pos de otra, parecióme demasiado larga la de Tula y muy breve la de Heredia, y quise averiguar si en efecto existia notable diferencia de extension entre ellas. Por singular coincidencia, constan ambas de ciento cuarenta versos. ¿Por qué, pues, esa diversidad de apreciacion en el tiempo que habia empleado leyendo cada cual? Es porque la composicion de Tula, concebida en la tristeza de reciente viudez, marcha cansada, como un sér dolorido que vá apoyando de paso en paso su debilidad; miéntras que la poesía del fogoso jóven de veinte años corre impetuosa, valiente y arrolladora, y tal parece que saltan y caen á nuestra vista las formidables cataratas en vertiginosa y nunca acabada sucesion. Los títulos de ambas obras, las caracterizan desde luego. La poetisa gime *A vista del Niágara.* Abatido su fuerte ánimo por un poder omnipotente, juzga pequeño el espectáculo que se extiende á sus miradas, nimia hechura de aquel sér inmenso. Heredia escribe: *Niágara*, y desata raudales de entusiasmo, sintiéndose subyugado totalmente por la grandiosidad que contempla, y nada en ese instante le parece más imponente, más hermoso, más sublime que aquel torrente despeñándose en marmóreas columnas, arrollándose en gigantesco cilindro, evaporándose en inmensa pirámide, que surge del ignorado fondo del abismo y esmaltándose con irisados arcos, que se entrecruzan caprichosamente, vá á perderse en las nubes; en tanto que un formidable trueno llena con augusta voz las vastas soledades, cuyos ecos no deja mudos jamás.

Tula siente la inferioridad en que la colocan las circunstancias respecto al *gran vate de Cuba*, como ella se complace en llamarle, y pensando cuán otro hubiera sido su entusiasmo si hubiese visitado, jóven y feliz, aquella maravilla, exclama con noble franqueza:

¡Cómo tambien mi poderoso canto
—Rival del suyo—ufana elevaria!....

Heredia, por el contrario, siente la sublimidad de su inspiracion, entrevé su gloria y dice al concluir en un arranque de confiado orgullo:

Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal. ¡Pueda piadoso
Viéndote algun viajero,
Dar un suspiro á la memoria mia!

. . . . . .

Y al escuchar los ecos de mi fama,
Alce en las nubes la radiosa frente.

Pero ya que he cometido la injusticia de establecer comparacion entre una obra de apojeo y otra de decadencia, bueno será tambien decir que hay otras dos de los mismos autores, producidas ambas en épocas de fuerza creadora, que pueden ser cotejadas por tratarse en ellas igual asunto. Son éstas, el poema *La Inmortalidad*, de Heredia y la silva *Dios y el hombre*, de la Avellaneda. Entre esas composiciones no hay otro punto de comparacion que el indicado, pues la segunda supera muchísimo á la primera en belleza y en fuerza de argumentacion, admitido el punto de vista de los autores. La de Heredia es desdichada; la de Tula, lujosa, espléndida.

Desde New-York, siguieron nuestros viajeros á Liverpool, Lóndres y París, y llegaron á Madrid en Octubre del mismo año. Permanecieron allí algunos dias, y se trasladaron á Sevilla, donde fijaron su residencia.

Lo primero que escribió despues de su regreso á Europa, fué tal vez la poesía *Soledad del alma*. Sus cantos eran ya elegías. Lo es la oda al Niágara y lo es tambien esta melopea, de tan suave cadencia, que poco esfuerzo necesitaria la señorita á quien se dedicó para añadirle el encanto de la música.

A esta época debe pertenecer el drama *Catilina*, «refundicion y arreglo al castellano del escrito en francés y en prosa, con igual título, por los señores Dumas y Maquet.» No fué representado en vida de la autora, ni creo que lo haya sido despues.

Tiene este drama, á mi juicio, dos argumentos: uno público é histórico, cuyos principales personajes son Catilina y Ciceron; y otro de carácter privado y muy distante de la verdad, que pasa entre Fulvia, Catilina y Aurelia; difusion ó monstruosidad que resulta en daño del

interés. Cada una de las partes que constituyen el drama, considerada separadamente, es buena, está bien hecha; hay en casi todas ellas pasion y belleza dramática; y no obstante, el conjunto es deficiente. El lector permanece frio hasta el fin; hasta en la trágica conclusion. ¿En qué consiste ese fracaso? En el inconveniente que he señalado y en algunos defectos más.

El carácter de Catilina aparece tan falseado con la equilibrada mezcla de perversidades públicas y de virtudes privadas, que, no pudiendo predominar ni la simpatía ni la repulsion en los sentimientos que inspira, se contemplan sus alegrías y sus desventuras con igual completa indiferencia, y hasta se extiende ésta, como sucede muchas veces en la vida real, aunque con notoria injusticia, á cuantos séres le son adictos. En vano que Aurelia sea dulce y noble y generosa; en vano tambien la inocencia de Carino y su alteza de sentimientos, sorprendente en tan pocos años; son la esposa y el hijo de Catilina, y ámbos quedan envueltos en el glacial desprecio que se atrae el criminal ambicioso que ha osado atentar contra la libertad de su patria. El afecto que pudiera despertar como padre amante y esposo, ya que no modelo, pasable á lo ménos, está contenido por el conocimiento previo que se tiene del personaje, y que desmiente esas buenas cualidades que se le atribuyen.

Otro defecto de esta obra es la excesiva lentitud con que marcha la accion, lo cual hace que desmaye el escaso interés que excita, repartido ya en diversos episodios. Tula debió conocer el poco efecto que produciria en el teatro, y obró cuerdamente dejando incólume como última impresion la producida por *Baltasar*.

El carácter prominente, el más trágico del drama, es el odioso de la cortesana Fulvia. Parece esta fiera mujer un personaje de Echegaray, una especie de *Haroldo* con faldas.

No sabemos el tiempo que pasaria hasta que, bastante sosegado el espíritu de Tula, pudo acceder á los ruegos de varios aficionados á la declamacion que desearon representar un juguete compuesto por ella; pues no se expresa la fecha en que fué escrito *El millonario y la maleta*, única farsa que hay en su coleccion.

Esta pieceeita recuerda por uno de sus tipos, y hasta por sus infi-

nitos, aunque más inocentes chistes, la graciosísima de Molière, cuyo título en nuestro idioma se ha traducido siempre, *Las preciosas ridículas*, frase (disimúlese la digresion) que nada dice al lector español, quien, por el contrario, comprenderia de seguida qué tipo iba á ser satirizado, si leyese al frente de la farsa: *Las marisabidillas*, palabra castiza y asaz expresiva.

Tula hubiera rivalizado en gracia cómica con Breton y con Hartzenbusch, si el alto númen trágico que la inspiraba no la hubiese hecho desatender la aptitud que poseia para la sátira escénica. Casi parece disculparse de haber escrito aquel juguete y de haberle dado cabida en la coleccion de sus obras, cuando manifiesta haber cedido en uno y otro caso á ruegos de varios amigos.

En su triste retiro, del que únicamente salia para ir á Madrid ó á París en los meses de verano, escribió tambien un segundo *Devocionario*, más extenso que el primero. No puedo ocuparme de esta última obra de la poetisa, porque no he podido conseguirla.

Réstanme por examinar las poesías líricas escritas despues de publicada la segunda coleccion; de las que ya he mencionado algunas, sobre las cuales no volveré.

Fué la primera *A la coronacion de Quintana*, oda hermosísima que demuestra cuán digna era su autora de cantar la gloria del gran poeta español. Empieza con reposado estilo, que vá elevándose poco á poco. El tono lírico se deja oir cuando el cantor se le aparece como patriota, excitando á sus conciudadanos á lavar con sangre la mancha de extranjero opresion; y desde aquel momento sigue el canto ardoroso y bello, hasta la conclusion.

Muy notables tambien son los cinco lindos romances en que traza la historia de *Alfonso el Sabio*, destacando con habilidad consumada y mucho conocimiento de la historia todos los rasgos que le engrandecen. Nadie mejor que Castelar podia premiar ese trabajo histórico, y de él recibió una corona de laurel, á nombre de la juventud madrileña.

Paisaje guipuzcoano, es verdaderamente un paisaje, y paisaje delicioso. Parece increible que fuese improvisada esta composicion, como declara la autora, pues á más de ser extensa, está dibujada con primor.

Otras muchas ligeras y de compromiso, con más ó ménos mérito, están diseminadas en las últimas páginas del libro; pero cuando la poetisa canta bajo el árbol de la libertad, bajo el *Arbol de Guernica*, su lira vuelve á sonar robusta, con acentos como éstos:

¡Salve, roble inmortal! Cuando te nombra
Respetuoso mi acento,
Y en tí se fija ufano el pensamiento,
Me parece crecer bajo tu sombra,
Y en tu florida alfombra
Con lícita altivez la planta asiento.

. . . . . .

Mas ¡ah! ¡silencio!.... El Sol desaparece
Tras la cumbre vecina,
Que vá envolviendo pálida neblina....
Se enluta el cielo.... el aire se adormece...
Tu sombra crece y crece....
¡Y sola aquí tu majestad domina!

Y no menos bellos y levantados tonos encuentra para ensalzar la *Grandeza de Dios*, y la gloria de Colon.

Las composiciones religiosas abundan cada vez más. Las hay muy bellas, como la que acabo de nombrar y las tituladas *A Dios*, himno de gratitud, de sálmica uncion, *Las siete palabras* y *Al nacimiento del Mesías*. Mas luego se encuentran otras muy débiles. Habíala ganado por completo, no ya el misticismo, que al ménos puede dejar siempre ancho campo al ideal; sino el dogma estrecho y mezquino que ahoga toda inspiracion espontánea. Por eso canta á la *Resurreccion*, á la *Ascencion* y al *Santo Espíritu*, no con el estro que cantó á la Cruz, sino como puede hacerlo cualquiera devota. El tema gastado aprisiona su génio, y aquellos fulgurantes ojos de artista no aciertan á ver ya en su gran Dios más que los bajos atributos de las monarquías terrestres.

Pero estos cíclopes del pensamiento no se postran á la primera caída. Repetidas veces tornan á erguirse, altivos con el recuerdo de su fuerza, y sí llega á ofuscarse su mente á influjo del dolor, tienen

hermosos y suplimes delirios, como lo es *La dedicacion de la Lira á Dios*, que encierra grandes y bellísimos pensamientos, nacidos no obstante, á la falsa luz de una conciencia asustada por imaginarias culpas. El libro concluye con un difícil soneto dedicado *Al nombre de Jesús*, que me parece uno de los mejores de quien tan acabados los hizo.

Otra prueba de la fueza que el genio conserva, aún en sus épocas de mayores desfallecimientos, es el hecho de haber emprendido la Avellaneda en tales condiciones la ímproba tarea de corregir, refundir y coleccionar todo lo que había escrito.

Hallábase casi al término de su trabajo, luchando como podía con sus dolencias, cuando murió Manuel, su más afectuoso hermano. Con esta desgracia había visto morir todos los séres que le eran queridos. Agravaronse sus males y tal fué el disgusto que sintió hasta por la gloria, que el anunciado tomo sexto, destinado al *Devocionario*, no pudo aparecer y la coleccion quedó reducida á cinco volúmenes.

Han dicho algunos biógrafos que llegó á perder la razon, sufriendo verdaderos accesos frenéticos. Yo he procurado saber si merece crédito esta aseveracion, informándome con persona de la mayor respetabilidad, (1) con un amigo íntimo de la poetisa, y me ha dicho lo que sigue: «No es cierto que Tula perdiera la razon; ella me visitaba, y yo la visité hasta sus últimos dias, y sólo notaba en su carácter la exasperacion que le producían sus dolores físicos.» Entregada por completo á la religion, y teniendo como Santa Teresa, un temperamento vehementísimo, quizás como ella tambien fué víctima del histerismo, cuyos síntomas se asemejan tanto á los de la locura.

Sin apoyo en su vejez, triste y solitaria, como ella, siendo aún muy jóven, lo había previsto en la sentida *Plegaria* á la Vírgen, terminó sus dias el 1º de Febrero de 1873, en la casa número 2 de la calle de Ferraz, en Madrid. Asistieron á su entierro unas doce personas, entre las que se hallaban Juan Valera, Luis Vidart, Joaquin Cervino, Cárlos Frontaura, y los cubanos Teodoro Guerrero, Agustin de Cisneros y

---

(1) D. José Ramon de Betancourt,

José Ramon de Betancourt, que á nombre del Camagüey, puso en el pecho de la poetisa la última corona que á su genio se tributaba.

Mucho se ha extrañado ese abandono é indiferencia del pueblo madrileño hacia la mujer extraordinaria que tantas ovaciones le arrancara; pero no faltaban causas para ello. La revolucion comenzada el 68, hervía aún en España. No había llegado todavía su última fase: la restauracion borbónica. La política lo absorbía todo; y además Tula tenía un pecado grave para los hombres de aquel período histórico: había sido amiga de la reina destronada, y amiga tan consecuente, que al aparecer sus obras en el año mismo de 68, durante la efervescencia revolucionaria, tuvo la rara entereza de no retirar ninguna dedicatoria hecha á miembros de la real familia, ni composicion alguna de aquellas en que había cantado á Isabel, cuando ésta era amada y bendecida por todos.

Considerando ahora en conjunto la herencia que dejó nuestra poetisa, observamos desde luego que sus obras no pertenecen á determinada escuela, como no sea á la escuela especialísima de todos los genios; á la escuela de lo verdadero, de lo bello, de lo que sorprende, arrebata y conmueve hasta las más recónditas fibras del corazon; la escuela que abarca y encierra en sí á todas las otras, con esa amplitud y esa infinita variedad de miras y de medios que emplea la naturaleza misma. Así vemos que *Espatolino* se acerca cuanto es dable al estilo romántico, por su bandido caballeresco, que hundido en el abismo del crímen, levanta el pensamiento á grandes ideales humanos; por su dulcísima Anunziata, que ama á un desconocido, y sabiendo, despues de encontrarse unida á él con vínculo indisoluble, la malvada existencia que lleva, sigue adorándole con todo el fuego de una italiana y sacrificándose por él con la sublime abnegacion de la mujer en todos los paises; mientras que *Munio Alfonso* toca en lo clásico, por la sencilla sobriedad del plan, por la carencia de episodios, por la severa majestad del estilo, por la tersura de la versificacion, por la dignidad armónica de todos los caracteres, por las unidades de tiempo y de accion, por la calculada gradacion de interés, que comienza á despertarse desde las primeras escenas y va en aumento hasta la última, y en fin, hasta por la rígida fatalidad que impera en él. Y estas dos obras, de tan opues-

ta índole, diéronse á luz—y quizás fueron escritas—en tan corto espacio de tiempo que, habiendo aparecido ambas en el año 44, *Munio Alfonso*, que fué la última, se representó no más tarde que en la estacion primaveral. Y entre estas dos concepciones, que podemos llamar extremas, encuéntrase la inagotable variedad de modos artísticos, que brillan por último unidos en el astro central de su teatro, en *Baltasar*, sabiamente combinados, como lo están los colores en la luz.

Eranle naturales á la Avellaneda la alteza de pensamiento, la hermosura de la forma, el gusto refinado y la grandilocuencia; pero grandilocuencia verdadera, sin asomos de hinchazon ni de pedantería.

El pensamiento filosófico de sus dos grandes dramas *Saúl* y *Baltasar*, descansa en el fatalismo hebreo, seguido más tarde por los cristianos con alguna modificacion. Para esa filosofía, todos los acontecimientos están previstos, más aún, decretados por la Providencia. El hombre que ha de perderse, marcha ciego por la inclinada senda que se abre ante sus pasos, cayendo de falta en falta, de crímen en crímen, hasta que, al fin de ella, sucumbe aniquilado por la eterna justicia. En *Munio Alfonso* y en las obras restantes, la filosofía es cristiana. El hombre tiene más libre arbitrio; se le premia casi siempre por sus virtudes, y más infaliblemente se le castiga por sus delitos. De esas dos fases filosóficas, resulta un aspecto general que puede llamarse fatalismo cristiano. Esta filosofía llegaba rezagada, y en tal concepto no pudo la Avellaneda ejercer influjo en sus contemporáneos.

Pero ¡cosa rara! los personajes que en la extensa galería de tan ortodoxa escritora hablan con más irrebatible elocuencia son los impíos Baltasar, Saúl y Espatolino. Ellos, es cierto, caen vencidos por la muerte; pero eso no es lo mismo que ser convencidos por la razon.

En la esfera estricta del arte pudo tener muy legítima influencia, porque dejó altos modelos que imitar. Sin embargo, no encuentro autor ninguno cuyas obras pertenezcan al género creado por ella en España. ¿Depone esto en contra de ese género? De ningun modo. Quizás muchos han intentado imitarlo y ninguno lo ha conseguido.

Su influjo se evidenció, á par que el de Heredia, en la poesía lírica

cubana hácia mediados del siglo. Todos los poetas quisieron ser, con mayor ó menor fortuna, magníficos, enérgicos, osados y correctos. Luaces siguió tan de cerca á los dos grandes modelos, que en el género lírico puede rivalizar con ellos, y en el dramático es el que logra aproximarse más.

Y en el teatro, que es el terreno propio de la Avellaneda, aquel en que desplegó toda la fuerza de su talento creador, ¿qué huellas dejó entre nosotros? Ninguna en verdad, porque el caso de Luaces se encuentra aislado, y este autor además produjo poco para la escena. Si hemos de buscar explicacion al malogro—hasta ahora—de la buena semilla que caía en nuestra tierra, veamos qué era nuestro teatro hasta hace poco. Encontrámosle reducido casi únicamente á las obras de los tres autores citados; y al verlo así, podíamos decir que había nacido adulto y dotado de singular belleza; pero con esto no diríamos más que una paradoja. Lo cierto es que aquellas existencias excepcionales aparecieron prematuramente en el desenvolvimiento de nuestra escena, y que las dos más importantes se desarrollaron en otros medios. El teatro que nace y vive en la localidad, que se nutre con sus jugos, con sus elementos propios; está dando ahora sus primeros vagidos en Cuba. Comienza, como han comenzado casi todos, satirizando costumbres, instituciones y lenguaje, y—si puedo juzgar por algunas piececitas que he visto representadas—lo hace á maravilla. Me parece que se le trata con sobrado desden ó rigor. Quizás haya dado motivos para ello con producciones posteriores que no conozco; pero aunque se vaya deslizando algo en el género picante, entiendo que el mal no es irremediable y, sobre todo, que no sería cuerdo querer comenzar por donde otros han acabado.

Para terminar este incorrecto estudio, resumiré en breves palabras la vida y carácter de la Avellaneda. Vivió por el arte y para el arte, amando la gloria y la poesía con delirante vehemencia, que ante ningun obstáculo se arredraba. No obstante, calmado un tanto aquel anhelo, por ese extraño vacío que forma á veces la posesion; hubiera ella preferido vivir la vida del alma, la vida de los afectos; porque si bien no era melosa en demostrarlos, sentíalos profundos y constantes, y se halló más feliz al verse amada que al ceñir á su frente coronas de lau-

rel. Pero la dicha le fué muy esquiva. Al ver cómo caian cuantos á ella se acercaban con amor, hubiérase dicho que existía alianza entre la muerte y la poesía para que á ésta no faltase ni un latido de aquel delicado organismo que vibraba al más ténue roce. Ella misma expresa este pensamiento en los siguientes lindos versos de la *Elegía* II.

Rompes mis lazos cual estambres leves;
Cuanto encumbra mi amor tu mano aterra;
Tú haces, Señor, exhalaciones breves
Las esperanzas que fundé en la tierra.

Ignoro, al dejar la pluma, si habré acertado á presentar la insigne cantora á los ojos del lector, cual yo la concibo en mi mente despues de haberla estudiado en sus obras con prolijo esmero.

Un buen juicio crítico y biográfico, parece como que agranda al personaje que le sirve de objeto, no porque le añada méritos que éste no haya tenido, sino porque le muestra á la luz que le conviene, y es al mismo tiempo indicador que advierte las bellezas á ojos profanos ó descuidados; sin tratar por eso de ocultar los defectos. Yo temería que tuviese resultado contrario el trabajo que me he impuesto, si la fama de la Avellaneda no se hallase extendida por el mundo en toda la alteza que le corresponde. Nadie ignora que al comenzar su carrera literaria en 1841, dijo de ella D. Juan Nicasio Gallego que le era debida la primacía sobre cuantas personas de su sexo habian pulsado la lira castellana, así en éste como en los pasados siglos, y esas palabras conservan en nuestros dias toda su fuerza y exactitud.

Guanabacoa, 5 Octubre 1886.

ERRATAS.

PÀG.	LINEA.	DICE.	DEBE DECIR.
6	1ª	inquietábanle	inquietábanla
7	13	nocicias	noticias
10	28	profunda	prolongada
14	11	la mejor garantida	las mejor garantidas
19	24	nefando	nefandos
22	18	concentraba	concentraban
23	11	(*Delirante*)	dice delirante,
38	9	La grande habilidad	La habilidad

UNIVERSITY OF CALIFORNIA AT LOS ANGELES
THE UNIVERSITY LIBRARY
This book is DUE on the last date stamped below

University of California
SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
405 Hilgard Avenue, Los Angeles, CA 90024-1388
Return this material to the library
from which it was borrowed.

OCT 17 1994

REC'D LD URL

JUL 08 1994

UNIVERSITY of CALIFORNIA

Lithomount
Pamphlet
Binder
Gaylord Bros. Inc.
Makers
Stockton, Calif.

3 1158 00870 6169

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
D 000 572 036 2

Unive
So
L